

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN VII

FRANCISCO VILLAESPESA

DOÑA MARÍA
DE PADILLA

LA CENA DE LOS CARDENALES



"EDITORIAL MUNDO LATINO.,
MADRID

ESTA OBRA NO
DE PERTENECE

111

Obras completas

1913

1913

SEPTIMO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

DOÑA MARÍA DE PADILLA

LA CENA DE LOS CARDENALES

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—BREVIARIO DE AMOR.—LA TELA DE PENÉLOPE.
EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA.
VIII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS
CARDENALES.

FRANCISCO VILLAESPESA

DOÑA MARÍA DE PADILLA

Drama histórico en tres actos y en verso.

R 8144 A



'EDITORIAL MUNDO LATINO,
MADRID

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRESA DE J. YAGÜES.—CALLE DEL NUNCIO. 8

Al señor don Juan B. Sitges, ilustre
autor de "Las mujeres del Rey Don
Pedro", devotamente,

Villaespesa.

Madrid, Abril 1913.

REPARTO

Personajes	Actores
DOÑA MARÍA DE PADILLA.	<i>Sra. Guerrero.</i>
LA REINA MADRE DOÑA MARÍA DE PORTUGAL .	» <i>Salvador.</i>
DOÑA BLANCA DE BOR- BÓN	» <i>Jiménez.</i>
MENCIA	<i>Srta. Ladrón de Guevara.</i>
BELTRÁN	» <i>Ruiz Moragas.</i>
DOÑA SOL	» <i>Rivas.</i>
DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR	» <i>López Heredia.</i>
DOÑA ISABEL	» <i>Riquelme.</i>
EL REY DON PEDRO	<i>Sr. Díaz de Mendoza (F.)</i>
DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE	» <i>Díaz de Mendoza (M.)</i>
DON FADRIQUE	» <i>Codina.</i>
PERO LÓPEZ DE AYALA .	» <i>Cirera.</i>
FERNÁN RUIZ DE CASTRO	» <i>Juste.</i>
DON JUAN DE LA CERDA .	» <i>Guerrero.</i>
SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO	» <i>Carsí.</i>
ALVARO DE ZÚÑIGA	» <i>Covisa.</i>
DIEGO DE PADILLA	» <i>Ortega.</i>
UN PAJE	
LA VOZ DE UN JUGLAR . .	» <i>Montenegro.</i>

Damas, paíes, fijosdalgos, ballesteros y soldados.

A MODO DE PRÓLOGO

La lectura de *El Alcázar de las Perlas* por su autor el poeta don Francisco Villaespesa a] la compañía Guerrero-Mendoza merece mayores honores que los de una noticia. En casos tales, puede afirmarse que «las lecturas de hoy son los grandes éxitos de mañana». Mucho me equivocaré si, antes de un año, cuando *El Alcázar de las Perlas* se estrene, no es Villaespesa el idolo del público madrileño. El anuncio de *El Alcázar de las Perlas*, como el anuncio de *El Rey Trovador*, de Marquina, y de *Voces de Gesta*, de Valle Inclán—obras estas últimas que aún no conozco—vienen a confirmar lo que ya habían insinuado *En Flandes se ha puesto el sol*, *Cuento de Abril*, y mi modesta traducción de *La cena de las burlas*, la orientación del gusto público hacia el teatro poético, en el sentido amplio y multiforme de la palabra.

Los dramaturgos no poetas—o, por lo menos, los dramaturgos no versificadores por vocación temperamental—harán mal en forcer sus actitudes y creerse en el caso de versificar también. Este espíritu de

servilismo, de imitación, de rutina, es el que malogra toda noble tentativa en España. Para que el teatro de los poetas consolide su nuevo triunfo es preciso que no sea el «único» y con él convivan otras formas teatrales; el teatro de ideas, el de psicología, la comedia de caracteres, la de costumbres, el naturalismo, el impresionismo, y hasta el melodrama y el sainetón. El desenvolvimiento y progreso de la dramaturgia española ha de salir de esta diversidad. Las obras en verso que, de algún tiempo acá, obtuvieron excelente acogida, no consiguieron esta fortuna por la circunstancia de estar versificadas, sino por ser los versos de quienes eran. Convendrá a algunos autores no olvidarlo. Vuelve el teatro de los poetas a la escena—y sea bienvenido—, no para monopolizarla, sino para añadir esa manera y ese matiz, tan dentro de los gustos de nuestro público y tan arraigados en la tradición dramática española.

El Poeta.

Entre los poetas españoles del día, habrá algunos, muy pocos, que puedan rivalizar con Villaespesa. Ninguno le supera.

Leyendo algunos de sus libros, podría juzgársele únicamente un sentimental. Yo también incurrí en este error, por la lectura de un libro suyo determinado. Más adelante fui rectificando y advirtiendo cómo en la poesía [de Villaespesa se dan muchos y

diversos matices; tiene la brillantez del duque de Rivas, la musicalidad de Zorrilla, la efusión cordial de Bécquer, la ternura de Ruiz Aguilera, la facilidad de Campoamor. Sus versos son sueltos, jugosos, luminosos. A un tiempo deslumbran nuestra imaginación y conmueven nuestra alma. Cuando hayáis leído *El patio de los arrayanes*, *El mirador de Lindaraja*, *Tristitia rerum*, *Saudades*, *Bajo la lluvia*, todos los libros de nuestro poeta, en fin, comprenderéis que en los elogios por mí tributados no hay el más leve pecado de exageración.

Era, en verdad, sensible que un poeta de esta hechura y de estos alcances permaneciera alejado del teatro, que puede resolver su problema de vida y consolidar su gloria juntamente.

—¿Por qué no escribe usted para la escena?— pregunté un día a Villaespesa.

—Tengo hechos dos actos de una tragedia—me dijo;—pero no sé si la terminaré. El famoso calvario de los autores noveles me espanta.

Yo callé; pero aquella misma noche llevé a Fernando Díaz de Mendoza la buena noticia.

—Villaespesa tiene escritos dos actos de un drama.

—Soy gran devoto de sus versos—me contestó el ilustre actor.—Dígale usted que me daría un disgusto si leyera esa obra a otro empresario antes que a mí.

A los dos días, Villaespesa leía los actos primero y segundo de *El Alcázar de las Perlas* a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que los acogie-

ron con entusiasmo. Antes de un mes, la tragedia estaba terminada, entregada, admitida.

La Obra.

El Alcázar de las Perlas tiene cinco actos, y está inspirado en una leyenda granadina del tiempo de Alhamar.

La fundación del palacio de la Alhambra es la base del asunto.

Pero, desde el final del acto segundo, la suerte de los planos del futuro alcázar enlázase naturalmente, y sin artificio alguno, con un conflicto pasional de la mayor intensidad.

Los dos primeros actos son, ante todo, de ambiente.

¿Una obra de moros a estas alturas? Sí, señor. Una obra de moros. No de moros y cristianos, sino de moros nada más. ¿Y por qué no? ¿Dónde habrá otro tema que pueda subyugar con igual atractivo la mente de un poeta español? Una obra de moros. ¡Y qué obra! De teatralidad admirable, de fascinadora poesía, de pasiones que arrollan y de versos que cantan.

Es nutrido y frondoso este primer drama de Villaespesa. De hacer reformas en él, será para aligerarlo, no para darle nada que ya no tenga. El verso es siempre magistral, y en todos los papeles hay fragmentos bellísimos.

En el acto primero nos recitará María Guerrero

(*Sobeya* en el drama) una poesía a las fuentes de Granada. Nunca escribió Villaespesa, a mi juicio, nada tan ingenuo ni tan resplandeciente. En el acto segundo, dos gacelas preciosas en verso enesílabo. En el tercer acto, endecasílabos enérgicos, vibrantes, exuberantes de imágenes, teatrales y subyugadores. En el acto cuarto, una escena en versos de nueve sílabas de ternura patética. En el final de la obra, una situación poética e imprevista, de fuerza emotiva incomparable.

El reparto no está decidido todavía. Los papeles de Abul Ishac y Azhuna los harán, probablemente, Fernando Díaz de Mendoza y Emilio Thuillier. ¿Cuál de estos papeles hará cada uno? Villaespesa les ha rogado que ellos mismos, de acuerdo, lo determinen.

La lectura.

Dió Villaespesa su lectura a toda la compañía del Teatro de la Princesa, en el hotel de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.

¿Quién no ha visto, al pasar, el risueño domicilio de ambos ilustres artistas, todo blanco el muro, todo verde el jardín, envuelta la casa en alegría y verdor?

En el primer piso hay una habitación magnífica, con galería de cristales. Está adornada y tapizada de tonos claros, blancos y verdes. Es como una evocación andaluza. Ningún lugar tan apropiado para que Villaespesa leyera su drama.

En la pared destácase un soberbio retrato de María Guerrero con el traje de *La niña boba*.

En amplia mesa tomaron asiento María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza, Emilio Thuillier y en el puesto central, el insigne autor de *La hermana*.

Villaespesa no lee con perfección correcta, pero sí con entonación, con brío, con fuego, con ardor atrayente y comunicativo.

Al oír las estrofas a las fuentes de Granada, sonó una salva de aplausos unánime.

El poeta fué interrumpido por los actores de la Princesa otras muchas veces.

Éxito mayor de lectura no conozco ninguno. Me equivocaré mucho si en la representación no obtiene este mismo resultado esta tragedia de Villaespesa, de asunto interesantísimo y de forma espléndida.

Al oír sus versos, dijérase que Zorrilla había resucitado.

Un amuleto.

Yo creo que Villaespesa no necesitará para triunfar ni siquiera de la ayuda efficacísima del pato de Serafín Alvarez Quintero. ¿Ustedes saben qué pato es éste? Pues es un amuleto acreditadísimo.

No se trata de un animalito de carne y hueso, sino de granate y brillantes. Es, en fin, un alfiler de corbata. María Guerrero se lo regaló a Serafín Alvarez Quintero, como recuerdo del éxito extraordinario de *El genio alegre*. De entonces acá, Serafín

Quintero, como buen andaluz, ha atribuído poder milagroso al patito, que en ningún estreno afortunado dejó de acompañarle. Un día, contagiado Martínez Sierra, pidió el pato prestado. Y así triunfó *Canción de cuna*, y después *Primavera en Otoño*. Luis Gabaldón llevaba el pato en su corbata en la noche de *Yo puse una pica en Flandes*, y yo pude contemplar la virtud del patito con ocasión de *La cena de las burlas*.

Como buen compañero le confío este secreto a Villaespesa para que no lo olvide, cuando en Octubre próximo se celebre en Granada el estreno de la admirable primera producción que nuestro joven e ilustre poeta ha destinado al teatro.

RICARDO J. CATARINEU.



ACTO PRIMERO

Un patio del nuevo alcázar real de Sevilla. Al fondo, una galería de columnas que da a un jardín, separada de éste por una verja de hierro. A la izquierda, en primer término, una puerta árabe, cubierta por un rico tapiz oriental, y un ajimez. A la derecha, dos puertas, cubiertas también por ricos tapices.

ESCENA PRIMERA

FERNAN RUIZ DE CASTRO, DON JUAN DE LA CERDA
Y SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO

SANCHO

¡Más nos valiera vivir
como esclavos prisioneros
en la corte de un emir,
que ser aquí caballeros!
Pues, ¡oh, suerte desdichada!,
menos a un noble le humilla
vivir cautivo en Granada
que andar libre por Castilla!

CERDA

El moro blande el lanzón
y nos tala la frontera;
Portugal su presa espera
y nos acecha Aragón.
Navarra pasa la raya,
y las galeras inglesas,
en Galicia y en Vizcaya
quemán naves y hacen presas.

CASTRO

Las contiendas interiores
causan más hondos quebrantos,
porque hay en Castilla tantos
monarcas como señores...

SANCHO

¡Si don Alfonso pudiera
dejar la tumba...!

CASTRO

No poca
culpa a don Alfonso toca
—y acaso la tenga entera—
de los males actuales,
pues dejó, como sabéis,
un hijo: don Pedro, y seis
nobles bastardos reales.
Su reino entre ellos partió,
¡vive Dios, con poca ley!,
que a los bastardos dejó

casi tanto como al rey.
Y más tierra castellana
tienen en feudos, hoy día,
los hijos de la Guzmán,
que el de la reina María.

SANCHO

Además, por otra parte,
propagan la rebelión
levantando su estandarte
los infantes de Aragón,
primos del rey, y el valido
Alburquerque, el portugués...
En fin... Tres bandos... Los tres
el reino se han repartido.
Y ver Castilla consterna,
¡que es el cetro castellano
muy duro, para la mano
juvenil que nos gobierna...!

CASTRO

¡Mas no se rinde, en verdad,
de don Pedro la altivez:
lo que le falta de edad
le sobra de intrepidez!
Callad, callad, castellanos...
¿Qué pedís y qué queréis?
¿De qué os quejáis, si tenéis
el remedio en vuestras manos?
¡Rebelaos contra el medro
de bastardas ambiciones;

congregad vuestros pendones
 en torno del rey don Pedro!
 ¡Prestad fuerza a su mesnada,
 y haced del guión real
 el estandarte ideal
 de alguna nueva cruzada!
 Y entonces, si ruge airado
 el cachorro del león,
 el inglés huirá asustado;
 y Navarra y Aragón,
 y Granada y Portugal,
 y otras tierras más lejanas,
 caerán al golpe mortal
 de las lanzas castellanas.

ESCENA II

Dichos y ALVARO DE ZÚÑIGA, que entra por la verja del foro.

ALVARO

Aproximándose al grupo y en voz baja.

¡Grandes noticias he oído
 y os las vengo a relatar!
 De acuerdo con el valido,
 la reina quiere casar
 al rey con una princesa
 que es ornamento y florón
 de la corona francesa:
 doña Blanca de Borbón.
 Esto se dice en Sevilla...

Pero el rey no lo consiente,
porque cada día siente
más amor por la Padilla.

CASTRO

Ese amor la causa es
por la cual el casamiento
aconseja el portugués.
Ve morir su valimiento
y de todos desconfía...

CERDA

Mas él, ¿no fué quien unió
al rey con doña María?

CASTRO

Él de tercero sirvió.
Mas la que pensó que fuere
su mejor apoyo, ha sido
su ruina, y por eso quiere
vengarse de ella el valido.

ALVARO

A la Guzmána ha apresado
la reina, y en Talavera
vengar con su sangre espera
las ofensas del pasado.
Y por tan justo motivo,
dicen que inquietos están
los hijos de la Guzmán.
Don Enrique muestra altivo

sus recelos, preparando
 por sus manos la justicia,
 a sus parciales armando
 en sus tierras de Galicia,
 Y su maestrazgo dejó
 don Fadrique. Aquí ha venido,
 y al rey de todo enteró
 para que esté prevenido.

SANCHO

¡Don Pedro le quiere bien,
 y evitará, como pueda,
 que a su madre le suceda
 el mal que todos preven!...

CASTRO

¡Y además, doña María
 de Padilla no dejara
 que la reina consumara
 venganza que es felonía!...

*Aparecen por la galería del fondo don Fadri-
 que y Pero López de Ayala, conversando
 en voz baja.*

ESCENA III

Dichos, DON FADRIQUE Y PERO LÓPEZ DE AYALA

SANCHO

Mas ¡silencio! Don Fadrique
 aquí dirige sus pasos

con Pero López de Ayala,
el poeta, conversando.

Todos se vuelven.

CASTRO

Con razón reza el proverbio:
tras de la cruz, el diablo.
¡Lo que tiene de poeta
le falta a Ayala de honrado,
que si mide bien los versos,
mide, en cambio, mal sus actos!

Todos se inclinan ante don Fadrique.

¡El señor guarde los días
del maestro de Santiago,
para orgullo de su casa
y gloria de estos estados!

FADRIQUE

Saludando.

¡El cielo os guarde, señores!

SANCHO

Dejad, dejad que este anciano,
que al lado de vuestro padre
cayó herido en el Salado,
os bese con toda el alma,
señor maestro, la mano,
ya que de ella, por mortales,
indignos son estos labios!...

Le besa la mano.

ALVARO

Mas, señor, ¿cómo en Sevilla?

FADRIQUE

De Extremadura he llegado
ha dos horas, para ver
al rey don Pedro, mi hermano.

ESCENA IV

Díehos y BELTRÁN, que entra por la puerta izquierda.

BELTRAN

El rey, señores, os llama,
que quiere a todos mostraros
los gerifaltes, las joyas,
las armas y los caballos
que el rey moro de Granada,
le envió como regalo.

*Los nobles saludan a don Fadrique y salen
por la puerta de la izquierda, cuyo tapiz
sostiene Beltrán.*

FADRIQUE

A Beltrán.

Beltrán, dí a doña María
de Padilla que aquí aguardo
su venia, para ofrecerle
mis respetos.

BELTRAN

Saliendo por la primera puerta de la derecha.

(¡Así al paso
podré decir a Mencía
el fervor con que la amo!)

ESCENA V

DON FADRIQUE y PERO LÓPEZ DE AYALA

LOPEZ

Aproximándose, después de haberse convencido de que están solos,

Decidme, pues, don Fadrique,
decidme ya ¡vive Dios!
¿qué contesto a don Enrique?
¿Se puede contar con vos?
Si en su bando os asegura,
a daros se compromete
medio reino...

FADRIQUE

¡Calla o vete!

LOPEZ

Insinuante.

Nuestra victoria es segura,
y aun haceros saber quiero
que para esta rebelión
Francia nos dará dinero,
y armas nos presta Aragón.

Con misterio.

Y hasta en la misma Sevilla
 hay alguien que, sin cesar,
 va afilando su cuchilla
 para con ella vengar
 de don Pedro los rigores...

FADRIQUE

Indignado.

¡Coro a la traición hacer,
 eso es, Pero López, ser
 más traidor que los traidores!

LOPEZ

Sin hacer caso.

¡Aceptad! ¡No andéis remiso!
 ¡Medio reino!... ¡Es buen presente!

FADRIQUE

¡Calla, no vengas, serpiente,
 a echarme del paraíso!
 ¡Lo que tu labio ofreció
 es rico, rico manjar,
 capaz, capaz de tentar...
 a otro que no fuera yo!
 ¡Más pierdes el tiempo en vano!
 No iré con vosotros, pues
 si don Enrique es mi hermano
 también don Pedro lo es!...
 ¡Y puestos en igualdad
 de afectos, mi corazón

se queda con la lealtad
y rechaza la traición!

LOPEZ

Con voz baja y dejando caer con lentitud las
palabras.

Vuestra madre, en Talavera,
donde encerrarla le plugo
a la reina, acaso espera
la visita del verdugo.

FADRIQUE

Poniéndole la mano en la boca, violentamente.

¡Sella tus labios crueles!
¡Por librería aquí llegué
tan rauda, que reventé
mis tres mejores corceles!

Lleno de esperanza.

Mas ¡nunca! El rey no podrá
consentir tal felonía...
Yo hablaré a doña María
de Padilla, y ella hará,
pues es buena y es clemente
—mi corazón no se engaña,—
que se borre de mi frente
la nube que ahora la empaña.
¡Parte y dile a don Enrique
que confíe en mi valor!...
¡Mientras viva don Fadrique
vivirá doña Leonor!

LOPEZ

Me iré, señor, de Sevilla
sin vos, mas os pesará...

FADRIQUE

¡Vete, que se acerca ya
doña María de Padilla!

Pero López se va por la galería del foro. Por la primera puerta de la derecha entra doña María de Padilla, seguida de damas y pajes. Beltrán sostiene el tapiz para que pasen.

ESCENA VI

DOÑA MARÍA DE PADILLA, DON FADRIQUE, BELTRÁN, MENCÍA, damas y pajes. Todos estos últimos se retiran a la galería del fondo. Don Fadrique se inclina cortésmente.

MARIA^a

¡Perdonad, señor maestro,
que os hiciera aguardar tanto!
Estaba viendo una veste
de brocatel amaranto,
de oro y perlas recamada,
con un broche de rubí,
que ha enviado para mí
el rey moro de Granada.
Mas, ¿cómo en Andalucía,
don Fadrique?

FADRIQUE

Sabe Dios

que sólo vine por vos.
 ¡Mas antes, doña María,
 de que os diga la razón
 de mi viaje, dejad
 que os bese manos que son
 las manos de la piedad!

Se inclina y le besa las manos *gentilmente*.

MARIA

¡Bizarro sois y cortés!
 Que no en vano los juglares
 celebran con sus cantares
 vuestra cortesía, y es
 ya proverbial en Sevilla
 la finura y el halago
 del maestro de Santiago,
 don Fadrique de Castilla...

FADRIQUE

Arrodillándose.

¡Mas arrodillado ahora,
 vuestro afecto en mí no vea
 al doncel que galantea,
 sino a un hijo que os implora!

MARIA

Tendiéndole las manos y levantándole.

¡Contadme vuestro pesar...
 Decidme, señor, en qué
 mi ayuda os puedo prestar,
 y mi ayuda os prestaré!

FADRIQUE

¡Supe que a doña Leonor,
mi madre, amenaza hoy
pena injusta, y aquí estoy
a implorar vuestro favor!
Que al rey le habléis para que
su piedad logre impedir
lo que mi temor prevé...
¡Es cuanto vengo a pedir!

MARIA

¿Se atreverán a intentar?

FADRIQUE

Algo ha llegado a mi oído...
¡Todo se puede esperar
de la reina y del valido!

En voz baja.

MARIA

Haré cuanto deseáis.

FADRIQUE

Todo lo espero de vos,
porque lo que vos no hagáis
sólo puede hacerlo Dios...

MARIA

En mí, señor, confiad.
Con el rey he de insistir
tanto, que he de conseguir
al cabo su libertad.

FADRIQUE

En vos confío su vida;
y en verdad no fío en vano,
pues estando en vuestra mano
sé que está bien defendida.

MARIA

Y ahora, a mi estancia, señor,
venid; venid a alegrar
un poco vuestro dolor
con las trovas de un juglar
que ayer de Provenza vino.

FADRIQUE

Rogad por vos no me hago.

MARIA

A los pajes.

¡Id señalando el camino
al maestre de Santiago!

Salen por la puerta del primer término de la derecha doña María y don Fadrique, precedidos de pajes y seguidos de las damas. Don Beltrán sostiene el tapiz, y al ir a salir Mencía lo deja caer, interponiéndose.

ESCENA VII

MENCIA y BELTRÁN

BELTRAN

¡Teneos, doña Mencía!

MENCIA

¿Qué me queréis, don Beltrán?

Mis compañeras se van,
y no es buena compañía
para una dama un galán
de vuestro porte y valía,
porque con razón dirán
que Beltrán ama a Mencía,
o Mencía ama a Beltrán.

BELTRAN

¡También pudieran decir
que nos amamos los dos!

MENCIA

Interrumpiéndole.

Y si eso dijeran, vos
lo tendréis que desmentir,
pues no es cierto.

BELTRAN

¡Vive Dios!

Eso me faltaba oír...
¿Conque mienten al decir
que nos amamos los dos?

MENCIA

Mas ¿qué os habéis figurado?

BELTRAN

Yo no me figuro nada.

MENCIA

¿Alguna prueba os he dado?...
¡No os amo!

BELTRAN

¡Buena celada!
¡Lo que el labio me ha negado
lo afirma vuestra mirada!...
¡Como os habéis figurado,
yo... no me figuro nada!

MENCIA

Indignada.

¡Habrás visto atrevido!
¿Pues no dice que mis ojos?...

BELTRAN

Calmad, pues, vuestros enojos,
que sólo, señora, os pido
que me digáis: ¿Han mentido
vuestros labios o los ojos?

MENCIA

Ruborosa.

Ambos a un tiempo... Los dos
mintieron... ¡Voy a escuchar
los cantares del juglar!
La reina se acerca... ¡Adiós!

Se libra de Beltrán y se escapa por detrás del
tapiz.

BELTRAN

Tras ella.

¡Con vos me voy! Junto a vos,
¡qué dulces deben sonar
los cantares del juglar!...

Aparecen por la galería la reina y don Juan Alfonso de
Alburquerque.

ESCENA VIII

LA REINA y DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

¡Reportaos, señora!

REINA

No es posible,
pues para el odio inexorable y ciego,
para el furor voraz e inextinguible
que abrasa mis entrañas con su fuego,
que emponzoña mis venas y me muerde
el corazón y el alma me devora,
¡son siglos cada instante que se pierde
y son eternidades cada hora!...
¡Tengo sed de su sangre!

ALBURQUERQUE

En Talavera

doña Leonor sus crímenes expía...
¿Qué más podéis hacer?

REINA

¡Quiero que mueras!
 ¡Vos conocéis, don Juan, esta agonía!
 ¡De noche me desvela su recuerdo,
 me hace saltar del lecho dando aullidos;
 hasta hacerlos sangrar, los puños muerdo,
 y desgarran las uñas mis vestidos!
 ¡Lanzan mis ojos trágicos destellos,
 y rechinan de cólera mis dientes,
 y silban y se agitan mis cabellos
 como hambrientos manojos de serpientes!...
 ¡Tengo sed de su sangre!

ALBURQUERQUE

Mas, señora...

REINA

¡Toda su sangre entera no bastara
 —ni la de todos los bastardos— para
 saciar la inmensa sed que me devora.
 Mi venganza será terrible y dura,
 como ella fué... ¡Mi labio no ha apurado,
 gota a gota, la copa de amargurá
 que ella con su veneno ha emponzoñado?
 ¡Copa por copa! Es justo que procure
 que ella goce también sus embriagueces...
 ¡Ahora me toca a mí! ¡Que ella la apure,
 como yo, toda entera!... ¡Hasta las heces!...

ALBURQUERQUE

Tened calma, por Dios... Yo veré modo

de que satisfagáis vuestros enojos
sin que nadie sospeche... El reino todo
tiene en doña Leonor puestos los ojos.
Presiente vuestro crimen y os espía...
Hay que buscar las sombras, como os digo...

REINA

¡No quiero sombras! ¡A la luz del día,
igual que el crimen fué, será el castigo!
¡No vió Castilla entera mi esperanza
morir entre sus manos prisionera?
¡Pues ahora que también Castilla entera
contemple su expiación y mi venganza!

ALBURQUERQUE

Mas no podemos, sin don Pedro, nada
intentar. Esperemos... Por ahora
nos es contraria la ocasión, señora.
La orden de muerte debe ser firmada
por el rey...

REINA

Sacando del seno un pergamino.

¡Basta el sello! ¡Aquí está el pliego!
Vos el sello tenéis... ¡Sellad!

ALBURQUERQUE

¡Oidme!
Esperemos aún... Más tarde... Luego...
Yo hablaré al rey...

REINA

Pero, don Juan, decidme:
 ¿tan segura tenéis vuestra privanza?
 ¡Este pliego, don Juan, ahora selláis,
 porque mañana acaso no podáis
 vuestra ayuda prestar a mi venganza!

ALBURQUERQUE

Anonadado.

Es verdad... Mi privanza se ha eclipsado.
 Tan sólo falta que me digan: ¡vete!
 que en las manos de un rey es un privado
 lo que en manos de un niño es un juguete.
 ¡Y mañana pudiese la Padilla,
 no solamente arrebatarme el sello
 real, sino también segar mi cuello
 bajo el golpe mortal de su cuchilla!

Se queda sombríamente pensativo.

REINA

Mostrándole el pliego.

¡Sellad, sellad, don Juan!

ALBURQUERQUE

Como huyendo de un fantasma.

¡Aparta! ¡Huye!
 Tu sombra idolatrada y maldecida
 pasa por las tinieblas de mi vida
 como un ciclón que todo lo destruye...

Violentamente, acercándose a la reina.

¿Y tú me hablas de celos? ¿Tú de celos
a mí, que por tu culpa atormentado,
mil veces de furor me he revolcado
escupiéndome mi cólera a los cielos?
¿Tú de celos a mí, cuando he querido,
para saciar la sed que me enajena,
desenterrar su sombra del olvido,
aullando de rencor como una hiena!...
¡Huye, aparta de mí! Fastasmas gimen
en el aire... Me evoca tu figura
nuestro crimen.

REINA

¡Pues bien, por ese crimen
—si fué un crimen amarse con locura—,
por ese fiero amor voraz y eterno,
por este anhelo inextinguible y fuerte
que nos ligó en la vida, y en la muerte
nos ligará también en el infierno!
Por tu sangre culpable, por la mía,
que es más culpable aún, don Juan, te ruego...

ALBURQUERQUE

Fascinado.

¡Cállate, por piedad, doña María!...
¡Triunfe otra vez el mal... ¡Sellaré el pliego!...

Saca de la escarcela el sello y sella el pliego, entre-
gándosele a doña María.

REINA

Tomando el pliego.

¡Gracias, gracias, don Juan! ¡Mi vida entera

es tuya! Está en tus manos... Quien osara
 alzarse contra ti, mis furias viera...
 ¡y si mi propio hijo se atreviera,
 mi hijo por ti, don Juan, sacrificara!
 Sobre veloz corcel un escudero
 a Talavera volará. Le guía
 de mi venganza el acicate fiero...
 ¡Por fin, por fin, doña Leonor es mía!

Se va rápidamente por la segunda puerta de la
 derecha, agitando el pliego. Alburquerque la
 contempla inmóvil.

ESCENA IX

ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Ensimismado.

El crimen hecho está. ¡Calla, conciencia!
 Si no tuviste, no, valor bastante
 para oponerte al mal, ¿por qué ahora vienes
 con tus sordas palabras a hostigarme?
 La suerte echada está... Pues bien... Luchemos,
 y si caigo vencido en el combate,
 como un emperador moriré envuelto
 en un manto de púrpura y de sangre.
 ¡Ay de don Pedro, y ay de la Padilla
 si a mi destino opónense!... ¡Ya es tarde
 para retroceder! ¡Valor, conciencia!
 ¡Cállate de una vez! ¡Cállate, cállate!

ESCENA X

Dicho, DON JUAN DE LA CERDA, FERNÁN RUIZ DE CASTRO y RICOS HOMES, que salen por la puerta de la izquierda.

CERDA

Dando muestras de indignación y dirigiéndose a Alburquerque.

No se puede tolerar...
 Esto a los nobles humilla...
 ¡Pues no acaban de nombrar
 a don Diego de Padilla
 montero mayor, y a don
 Juan García Villajera,
 su otro hermano, campeón
 de Navarra en la frontera!

ALBURQUERQUE

Encarándose con los que entran.

Ricos homes de Castilla.
 ¿Qué orgullo podéis tener
 cuando os resignáis a ser
 esclavos de la Padilla?
 ¿Para qué esas enjoyadas
 plumas y esos tahalíes,
 tantas divisas bordadas
 en las bandas carmesíes,
 y tantos áureos aceros,
 cuando os imponen sus leyes,
 como a míseros pecheros,
 las mancebas de los reyes?

Ayer era la Guzmána,
hoy tenéis a la Padilla...
¿A quién serviréis mañana,
ricos homes de Castilla?
Aquellos nobles varones,
orgullo y prez de esta tierra,
que fueron como leones
invencibles en la guerra;
los que se hicieron temer
de los monarcas más fieros,
hoy lamen, como corderos,
las plantas de una mujer.
Degeneró la semilla...
¡No parece sino que
el honor por siempre fué
desterrado de Castilla!

ESCENA XI

Dichos, DON PEDRO, DIEGO DE PADILLA, BELTRÁN y
ballesteros.

PEDRO

Descorriendo violentamente el tapiz de la izquierda.

Don Juan Alfonso, más tiento
poned en el platicar,
porque pudiera faltar
a vuestros labios aliento.
¡Si seguíis hablando en mengua
del orgullo castellano...

no ha de faltar una mano
que os sepa arrancar la lengua!

Los nobles retroceden sorprendidos.

ALBURQUERQUE

¡Don Pedro!

PEDRO

No os disculpéis,
que vuestras disculpas son
máscaras de la traición...
¡Traidores! ¿Porque tenéis
feudos, armas y caballos
pensáis imponerme leyes?...
¡Las leyes las dan los reyes,
y las cumplen los vasallos!

A Alburquerque.

¡Vos, portugués, que vinisteis
a estos reinos desterrado,
si bien ayer me servisteis,
yo mejor os he pagado!
Os nombré mi consejero,
y fuisteis, pese a la ley,
después del rey, el primero,
y a veces, antes que el rey.
Dadme aquel sello que os di;
y dad gracias a la suerte
que tras de oír lo que oí,
no selle con él aquí
vuestra sentencia de muerte.

ALBURQUERQUE

Entregándole el sello.

Algo os dijera en mi abono.
 ¡Mas recordad solamente
 que ha encanecido mi frente
 defendiendo vuestro trono!

PEDRO

¡Que eso os valga a Dios le plugo,
 porque si eso no os valiera,
 rodar vuestra testa hiciera
 la justicia del verdugo!

A don Juan de la Cerda.

¡Maestre de Calatrava,
 entregad vuestra cuchilla,
 vuestra venera y la clava
 a don Diego de Padilla!

CERDA

Entregándolas.

¡Señor, mi clava aquí está;
 y mi honor no se querella
 de verse privado de ella...
 sino de ver dónde va!

PEDRO

Y porque no vuelva a oír
 críticas en mis estados,
 vais, sin armas, a salir
 de Castilla desterrados.

DIEGO

Acercándose a don Juan Alfonso de Albuquerque.

Dadme la espada, os lo ruego...

ALBURQUERQUE

Diego de Padilla... ¡atrás!
 Sólo a mi rey se la entrego;
 mas a tus manos... ¡jamás!
 Tocándola la desdoras...
 Está su acero mellado
 de segar gargantas moras
 a la orilla del Salado...
 ¡Y en Algeciras, mi mano
 desnudóla, la primera,
 al frente de la bandera
 de mi joven soberano!

La desenvaina y se la presenta a don Pedro.

Tomadla, don Pedro, pues
 espada como la mía
 jamás, señor, rendiría
 si no fuese a vuestros pies.

Viendo que el rey no la toma, intenta romperla.

Por más que rompería quiero,
 no se rompe... ¡Contemplad!...
 ¡Pues lo mismo que su acero
 es, don Pedro, mi lealtad!

PEDRO

Mi justicia no os perdona,
 porque son vuestras razones
 mentís de vuestras acciones...

La lealtad que se pregona
 más que lealtad es agravio,
 y más que agravio es traición...
 ¡Lealtad que vive en el labio
 ha muerto en el corazón!

CASTRO

Don Pedro, pagar así
 no es justo tan noble celo...

PEDRO

¿Quién sois, Fernán, vive el cielo,
 para interrumpirme a mí?

CASTRO

Señor, vuestras iras templo...

PEDRO

¡Pues he de hacer, vive Dios,
 un escarmiento con vos
 para que sirva de ejemplo!
 Prended, don Diego, a los tres,
 y en cadena, cual trahilla,
 a Triana llevadlos, pues
 quiero que mire Sevilla
 y sepa Castilla entera,
 con este caso ejemplar,
 la cólera justiciera
 de un rey que quiere reinar!

Don Diego de Padilla y algunos ballesteros prenden
 los tres en el momento que aparece doña María
 Padilla, seguida de Mencía, damas y pajes.

ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARÍA DE PADILLA, MENCÍA damas, y pajes.

MARIA

¿Preso don Alfonso y preso
don Juan?

Al rey.

Decidme, señor,
os lo suplico: ¿qué es eso?
¿Qué causa vuestro rigor?
Mas no, no quiero saber,
señor, las justas razones
que os obligan a prender
a tan nobles infanzones.
Sólo os pido su perdón,
que si es noble castigar,
para un regio corazón
es más noble perdonar.

Se arrodilla ante el rey. Momentos de expectación

¡Su perdón mi labio implora,
y postrada me veréis,
hasta que no les dejéis
libres!...

PEDRO

Duda un momento; luego le tiende la
mano y la levanta.

¡Levantad, señora,
que nada os puedo negar!

¡Libres sois para poder
de esa manera apreciar
la virtud de esta mujer!

A los presos.

Algunos pajes y don Diego de Padilla desencadenan a don Juan Alfonso de Albuquerque y a don Juan de la Cerda, olvidando a Fernán Ruiz de Castro.

MARIA

Reparando el olvido y acercándose a Fernán.

¡Dejad que os quite mi mano
cadena que os oprimió,
que si os la puso mi hermano
justo es que os la quite yo!

CASTRO

¡La vida preso pasara
porque una mano tan buena,
por mí no se molestara
al quitarme la cadena!

PEDRO

Acercándose y quitándole la cadena.

¡Sois galán; mi propia mano
la fineza va a pagar;
que si os la puso su hermano
el rey os la va a quitar!

CASTRO

Mi labio se torna mudo
porque el goce me enajena...
¡Desde ahora, esta cadena
será el florón de mi escudo!

CERDA

¡Mil gracias, doña María!

PEDRO

Preparad todos, señores:

corceles, armas y azores,
pues vamos de cetrería.

A los nobles.

Todos se inclinan y van saliendo por el foro.

CASTRO

A doña María, al salir

¡Mi vida está a vuestros pies!...
¡Y ahora, que sepa Sevilla
todo lo noble que es
doña María de Padilla!

ESCENA XIII

DON PEDRO Y DOÑA MARÍA

MARIA

¡Gracias, señor!

Tendiéndole los brazos.

PEDRO

¡Doña María!

Por fin que puedo reposar
entre tus brazos como un niñoSe sientan en un diván morisco cerca de la ventana,
en el regazo maternal.

Como el que torna de un combate,

ensangrentado, y en su hogar
se arranca el férreo coselete,
el casco, el peto, el espaldar,
a tu presencia me despojo
de todo anhelo terrenal,
para poder, libre de trabas,
el aire puro respirar.

¿Que la traición, como una sombra,
sigue mis pasos sin cesar?

¿Que el odio azuza sus mastines
mientras afila su puñal?

¿Que el crimen puede nuestra copa
con su veneno emponzoñar?

¿Que la venganza nos acecha
en la nocturna obscuridad,
acurrucada en los tapices
de nuestra cámara real?

Nada me importa, mientras pueda
en tus pupilas contemplar
todos los sueños de la vida,
como un desfile triunfal
de áureas galeras victoriosas
sobre la gloria azul del mar!

¡Amor! ¡Amor! Toca mis venas..

¡Quieren romperse y estallar,
para envolverte con su sangre
en una clámide imperial!

MARIA

¡Bebo mi amor en tus palabras
una embriaguez de eternidad!

¡Mis pies no tocan en la tierra;
 mi alma y mi cuerpo se me van,
 cual si en sus ráfagas bravias
 me arrebatase el huracán!
 ¿Cómo pagar tanta ternura?
 ¿Cómo, mi amor, tu amor pagar?
 Quisiera ser entre tus labios
 como las mieles de un panal;
 sobre la copa de tus manos,
 agua más clara que el cristal;
 bajo tus pies, yerba olorosa,
 para poderte perfumar...
 ¡Ser tuya, tuya, siempre tuya!
 Vivir tan juntos, como están
 los labios de una misma boca,
 las perlas de un mismo collar...
 Y ser tu sombra... Por la vida
 tras de tu cuerpo caminar;
 y cuando duermas bajo tierra
 en el sepulcro, vigilar
 tu sueño último, de hinojos
 sobre tu piedra tumular,
 el índice puesto en el labio,
 bañada en lágrimas la faz,
 ¡como si fuese la callada
 imagen de la Eternidad!

La voz del juglar cantando en el jardín.

JUGLAR

Rosal que otoño deshoja
 vuelve en mayo a florecer...

¡Rosal de la juventud
 sólo florece una vez!
 Al deshojarse las rosas
 los ruiseñores se van;
 mas vuelven con los rosales
 en primavera a cantar...
 ¡Goza el amor, que el amor,
 si se va no vuelve más!

PEDRO

Levantándose.

¿Qué voz, señora, está cantando
 en el jardín?

MARIA

Es el jugar
 que llegó ayer de la Provenza.

Como recordando de pronto.

(¡Ah, don Fadrique!)

PEDRO

Atrayéndola.

¡Qué cantar
 más dulce!... Sigue, sigue hablándome,
 porque tu voz me agrada más.

MARIA

Acercándosele de nuevo y tomándole la mano.

Señor, señor; como recuerdo
 de este momento, ¿me darás
 lo que te pida?

PEDRO

¡Todo es tuyo!

¿Qué cosa tuya no será?
 ¿Quieres acaso los tesoros
 que guardo en mi arcón real?
 ¿Aquel anillo de esmeraldas
 con el que puedes encantar
 a las serpientes?... En corderos
 a los leones trocarás.
 ¿Quieres el broche de topacios
 que me trajeron de Bagdad,
 que le da al pecho en que fulgura
 la paz y la felicidad?
 ¿Quieres las perlas orientales
 de aquel riquísimo collar,
 que al desposarse dió a mi madre
 mi abuelo, el rey de Portugal,
 perlas que son, doña María,
 ejemplos de fidelidad,
 porque si enferma quien las lleva
 ellas enferman a la par?

MARIA

Señor, no quiero los tesoros
 que guardas en tu arcón real...
 sólo te pido que libertes
 de su prisión a la Guzmán.

PEDRO

Con indiferencia.

Es un regalo que a mi madre
 hice, lo mismo que se da

a un niño un pájaro, un juguete,
para que pueda malgastar
con él las horas y no venga
nuestra atención a importunar.

MARIA

Con intención.

Mas ved que el niño puede al pájaro
entre su mano estrangular...
En la prisión se muere pronto...
El hacha puede hacer saltar
sangre, que vaya el regio armiño
de vuestra túnica a manchar...

PEDRO

¿Mas es posible que se atrevan
en contra de mi voluntad?
Mi madre... ¿acaso?

La Padilla hace un gesto afirmativo.

¡Nadie, nadie,
a la Guzmán ha de tocar!
¡Tengo el furor de los leones,
mas no el instinto del chacal!

MARIA

Postrándose.

Pues bien, señor; firma al instante
la orden de su libertad...
De los perdones es la hora...
Da tu perdón a la Guzmán...
¡Es el regalo que te pido!

PEDRO

¡Oh, mi ángel bueno! ¡Alza!... ¡Beltrán!

Llamando.

El traerá el pliego...

Levanta a doña María. Beltrán aparece por la izquierda.

MARIA

Abrazándole.

¡Gracias, gracias!

PEDRO

¿Qué fuera yo sin tu bondad?

Se va, seguido de Beltrán, por la izquierda.

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA Y MENCIA

MARIA

Llamando a la primera puerta de la derecha.

¡Mencia!

MENCIA

¡Señora!

MARIA

¿Dónde
está don Fabrique?

MENCIA

Allá,
en el jardín, escuchando
con las damas al juglar...

¡Y un alma en pena parece
según lo triste que está!

MARIA

Yo misma voy a llevarle
noticia que ha de alegrar
su corazón dolorido...

La reina, que va a salir por el segundo término de la
derecha, se detiene al ver a doña María y escucha.

MENCIA

¿Qué es ello?

MARIA

Firmando está
el rey, de doña Leonor,
su madre, la libertad...

Se van por el foro.

ESCENA XV

LA REINA

REINA

Con gozo, viéndolas salir.

¡Inútil será ya!... ¡Doña María,
tarde acudiste para libertarla!
La vida tiene pies: camina torpe,
pero la muerte vuela: ¡tiene alas!
Partió ya mi escudero a Talavera...
Rodará su cabeza... ¡Y cuando vayan
a darle libertad, será un cadáver
lo único libre que a la tumba salga!

ESCENA XVI

LA REINA y BELRÁN, que aparece en el primer término de la izquierda con un pliego en la mano

BELTRAN

Doña María... Este pliego
el rey para vos me manda.

REINA

Dámelo...

BELTRAN

Sorprendido.

No sé, señora,
si es para vos... Yo pensaba...

REINA

Interrumpiéndolo.

¿Qué era para la Padilla?
Pues es para mí... Te engañas.

BELTRAN

Inclinándose.

Vuestra alteza me perdone;
mas como las dos se llaman
lo mismo, y el rey tan sólo
me dijo que lo entregara
a doña María...

REINA

Imperativa.

¡Venga!

BELTRAN

Dándosele.

Perdonad esta ignorancia.
Y si vos me dais licencia,
me voy con el rey de caza.

Sale por la derecha.

ESCENA XVII

LA REINA y DOÑA MARIA

Mientras la reina lee ávidamente el pliego, aparece por el foro
la Padilla.

MARIA

Sorprendida. La reina oculta el pliego.

Su alteza me perdone... Mas venía...

REINA

Triunfalmente.

Tarde llegaste... Lo que aquí buscabas
está ya en mi poder. ¡Mira este pliego!...

Se lo muestra.

MARIA

¡Señora, por piedad!

REINA

¡Ah...! ¿Tú pensabas

—¡Miserable de tí!—poner un freno
con tu imbécil piedad a mi venganza?

MARIA

Suplicándole.

Señora, dadme el pliego... ¡Pronto!... ¡Es mío!

REINA

¿Cuando hace poco con el rey hablabas,
a galope un corcel pasar no oiste
al pie de esa ventana?
Un pliego a Taiavera conducía...

MARIA

Como si se agitase de pronto una idea terrible,

¡No lo quiero pensar! ¡Señora, basta!

REINA

¡Pero en vez de la vida, en ese pliego,
galopando veloz, la muerte marcha!...

Se oyen trompas lejanas de caza.

MARIA

¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No cabe
en corazón humano tanta infamia!...
¡Dadme ese pliego! ¡Pronto, os lo suplico,
a vuestros pies, señora, arrodillada!...

REINA

¡No será! ¡No será!

MARIA

¡Pediré amparo!

REINA

¡Cállate! ¡Cállate! ¿Para qué llamas
si nadie ha de acudir? ¿No oyes las trompas?

¡Nuestro rey y señor se va de caza!
¡No la podrás salvar!...

MARIA

¡Dadme ese pliego!

¡Dadme ese pliego!

REINA

¡No!

MARIA

¡Socorro!

REINA

Sujetándola por el cuello.

¡Calla!

La Guzmán morirá...

MARIA

¡Mas esa sangre
la noble frente de don Pedro mancha!...
¡Mas no, no puede ser... dadme ese pliego!

Se desprende violentamente de la reina y se alza amenazante.

REINA

¡Con qué fiera altivez me lo reclamaste!

MARIA

¡Señora, por piedad!

REINA

Con sarcasmo.

¡Cómo defienden
la presa de su amor las cortesanas!
¿Temes que lo que hoy hago yo con ella,
mañana haga contigo doña Blanca?

MARIA

¡Señora, por piedad!... ¡Mirad mi llanto!

REINA

La Guzmán morirá...

MARIA

Loca de dolor.

Mi pecho estalla...
Y ya no puedo más... ¡Dadme ese pliego,
o yo misma os lo arranco!

Avanza hacia la reina.

REINA

Retrocediendo hacia la ventana.

¡Calla! ¡Calla!

¿Te atreverás? ¿Te atreverás?

MARIA

Avanzando con energía.

¡A todo,
antes de consentir tan torpe hazaña!
La reina rasga el pliego y lo arroja por la ventana. Después
se vuelve, ativa, hacia doña María.

REINA

Ahora díselo al rey... ¡Cuando él lo sepa,
ya se habrá consumado mi venganza!

MARIA

Retrocediendo espantada.

¡Maldición sobre ti, reina maldita!
¡Maldición sobre tí! ¡Sobre ti caiga,
como lluvia de fuego inextinguible,
esa sangre inocente que derramas!

TELÓN LENTO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Anochece.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, PERO LOPEZ DE AYALA, ALVARO DE ZÚÑIGA SANCHO FERNANDEZ DE TORO y conjurados.

ALBURQUERQUE

Señores, los grandes males
exigen grandes remedios,
y hay que cortar por lo sano
si hemos de salvar al reino,
que no hay médicos que dejen,
por librar un solo miembro
gangrenado, que por él
se grangrene todo el cuerpo.

CERDA

Nadie aquí tiene segura
la cabeza sobre el cuello,

porque no respetan nada
las furias del rey don Pedro.
Cayó Garcilaso en Burgos,
cayó en Aguilar mi suegro
Coronel; Núñez de Prado
también a traición ha muerto...

ALBURQUERQUE

¡Y lo que es él para todos
en mí tenéis el ejemplo!
Me quitó el sello real;
desatendió mis consejos,
y me temo que mañana,
vengativo, sin respeto
a mis servicios, me mande
al cadalso o al destierro.
En vano, en vano he querido
poner a sus furias freno,
uniéndole a la princesa
de Borbón. Tal casamiento
en vez de evitar los males,
ha creado males nuevos,
porque ha sido cual si uniesen
a un lobo con un cordero.
La misma noche de bodas,
desatendiendo los ruegos
de su madre, a doña Blanca
la dejó sola en el lecho,
para en Montalván reunirse
con la Padilla de nuevo.

LOPEZ

¡La Padilla!... ¡Esa es la causa
de los males de estos reinos!
Ella nos rige, y Castilla
es de su familia un feudo.

CERDA

Todos que vengar en ella
algún agravio tenemos.
Yo, por mi parte, el maestrazgo
de Calatrava, que siendo
de don Juan Núñez, mi tío,
el rey se lo dió a don Diego
Padilla...

SANCHO

También a mí,
para dárselo a otro deudo
de doña María, el cargo
me quitaron de frontero
de Portugal...

ALVARO

¡Por su culpa
mi padre murió en destierro,
sin que la tierra sagrada
que reconquistó su acero
para la enseña de Cristo,
pudiese cubrir sus huesos!...

LOPEZ

Por causa de la Padilla

el rey corre loco y ciego
al abismo...

ALBURQUERQUE

Hasta su madre
a nuestro lado se ha puesto:
Los infantes de Aragón
también son del bando nuestro,
y todos los ricos homes...

LOPEZ

Y hasta los bastardos, menos
don Fadrique, que aun vacila,
calientes los nobles restos
de doña Leonor, su madre,
—que, como todos sabemos,
en Talavera fué muerta,—
sus rencores han depuesto,
y en torno a la reina madre
también se agrupan, tendiendo
su mano a la ensangrentada
mano que les dejó huérfanos.

ALVARO

¡Vive Dios, que yo en su caso
otra cosa hubiese hecho!
A quien matase a mi madre
no tocara, ¡vive el cielo!,
mi mano, si antes que ella
no le tocase mi acero!

ALBURQUERQUE

Francia nos dará su apoyo.
Aragón nos presta aliento,
y Portugal y Navarra...
Y hasta el pontífice ha puesto,
señores, en entredicho
la corona de don Pedro,
si no deja a la Padilla
y pacifica estos reinos,
uniéndose a doña Blanca,
su regia esposa, de nuevo.

ALVARO

Poco el pontífice fuera,
y Francia y el mundo entero,
si a su lado el rey tuviese
la nobleza de estos reinos,
que la tierra castellana
sienta mal al extranjero,
porque en sus senos encierra
mucho ardor y mucho hierro.

ALBURQUERQUE

¡Hay que separarlos pronto!
Esta noche... Aprovechemos
la ocasión, porque mañana
será inútil nuestro empeño.
El rey, con todos los suyos,
se fué a cazar. Pues a tiempo
que él caza garzas, nosotros
su paloma cazaremos,

y teniendo la paloma
el palomo será nuestro...
A Medina, donde esperan
las reinas, la llevaremos,
y allí prisionera muere
o profesa en un convento...

LOPEZ

Desde Sevilla a Medina
asegurados tenemos
los caminos por las gentes
de Trastamara...

ALBURQUERQUE

Aquí, dentro
de palacio, ausente el rey,
somos los únicos dueños...

CERDA

Y el oro todas las puertas
de la ciudad nos ha abierto.

SANCHO

¿Mas sin don Fadrique llega
a sospechar?...

LOPEZ

No haya miedo
del maestro. Esta mañana
despidióse de don Pedro.
Para tornar a Llerena.

todo lo tiene dispuesto...
 ¡Antes que salga la luna
 ha de emprender el regreso!

ALBURQUERQUE

Al sonar las oraciones
 en el próximo convento,
 a robar a la Padilla
 enmascarados vendremos
 todos aquí, que este patio
 conduce a sus aposentos.
 Yo respondo de la guardia
 del alcázar... Hasta luego.

SANCHO

El cielo os guarde, Alburquerque.

ALBURQUERQUE

¡Señores, guárdeos el cielo!

Salen los caballeros por el primer término de la izquierda.

ESCENA II

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y PERO
 LOPEZ DE AYALA.

LOPEZ

Pero señor, ¿qué os dijo
 la reina doña María?

ALBURQUERQUE

Que aun en contra de su hijo
 nuestro plan apoyaría,
 porque a sufrir se subleva
 su alma generosa y brava,
 el yugo de esa manceba
 que hizo a Castilla su esclava.

LOPEZ

Mas, ¿su hijo?

ALBURQUERQUE

Desprendido
 del yugo de esa mujer,
 volverá don Pedro a ser
 esclavo de su valido.
 Y si en su fiera arrogancia
 se opone a cuanto ambiciono,
 no le arriendo la ganancia
 ni a don Pedro ni a su trono.
 Un niño don Pedro era
 cuando su padre murió.
 En bandos Castilla entera
 contra él se levantó.
 Noble con exceso fui,
 que el ceño que se caía
 de su mano, ¡pese a mí!,
 le sostuve con la mía.
 Mas probarle quiero yo,
 por su ingratitude cruel,

que el que al trono le subió
es capaz de echarle de él.

LOPEZ

Mas, ¿quién en esta nación
ha de reinar?

ALBURQUERQUE

¡Voto a tal!

Don Pedro de Portugal,
don Fernando de Aragón,
Enrique de Trastamara...
Cualesquiera de ellos, pues
cualquiera de los tres
tiene firme el brazo para
regir el reino...

LOPEZ

¿Mas vos?

ALBURQUERQUE

Nunca de ello presumí,
que es un reino, ¡Vive Dios!,
poca cosa para mí.
Pues no anhela mi esperanza
más premio ni galardón
que un cetro: mi férrea lanza,
y un trono: mi duro arzón.
Y mientras pueda blandir
la lanza, Ayala, mis leyes

haré a lanzazos cumplir
a los más altivos reyes.

LOPEZ

Mas yo quiero que me explique
vuestro ingenio cómo es
posible que don Enrique
esté con nosotros, ¡pues
la reina madre dió muerte
a la suya!...

ALBURQUERQUE

¡No hay razón,
que acalla al odio más fuerte
el grito de la ambición!
Mas nunca vuestra imprudencia
de ese crimen vuelva a hablar,
porque tornan a sangrar
heridas en mi conciencia...
Mas basta de reflexiones;
nuestros planes ultimemos,
y aquí por ella vendremos
al sonar las oraciones.

Salen por la izquierda.

ESCENA III

DON FADRIQUE y FERNAN DE CASTRO, que aparecen
por el fondo.

CASTRO

¿Qué pena os ha encadenado?
¿Qué cólera os estremece

que vuestro rostro parece
el rostro de un condenado?

FADRIQUE

¿Cómo no he de estarlo, dí;
si llevo—¡oh, suplicio eterno!—
todo el fuego del infierno
ardiendo dentro de mí?
¡Antes cegara que ver
aquellos ojos que son
causa de mi perdición
y mi eterno padecer!
Ojos claros, ojos claros
azules como el zafiro,
¿cómo poder olvidaros,
si me matáis al miraros
y muero cuando no os miro?
De vosotros me alejé
creyendo el mal evitar;
pero todo inútil fué,
pues vivo pensando en que
pronto os volveré a mirar.
¡Mas no, que aun antes que vea
mi cerviz doblada al yugo,
he de hacer que mi amor sea
de mi propio amor verdugo!...
Como la muy casta dama,
la de las manos crueles,
gloria de los Coroneles
y admiración de la fama,
la que con su propio fuego

quiso vencer sus hogueras,
 yo he de hacer, amor, que luego
 en tu propio fuego mueras.
 Si mis ojos han de ser
 llamas que te han de avivar,
 yo haré mis ojos quemar
 para no volverte a ver.

CASTRO

¿Vos que habéis siempre, señor,
 al amor esclavizado,
 cómo os habéis transformado
 en esclavo del amor?

FADRIQUE

De sus flechas me reí;
 me burlé de sus celadas;
 mas de las burlas pasadas
 ¡qué bien se venga hoy en mí!

CASTRO

Mas no temed a su estrago,
 que la dama más altiva
 será feliz si es cautiva
 del maestro de Santiago.

FADRIQUE

¡No! Que en ímpetus fatales
 mi amor se fué a remontar
 donde no pueden llegar
 ni las águilas caudales.

Y si algún día pudiera
 abrigar una esperanza,
 es tal mi desventuranza
 que amor, de miedo, muriera.
 Desde que mi alma la vió
 ¡ay, Fernán Castro, no sé
 si ella en mi alma se entró,
 o a ella mi alma se fué!
 Pero ya no puedo más...
 Oye mis secretos, pues
 mi desgracia llorarás
 cuando conozcas quién es
 la causa de esta pasión
 que apagar intento en vano...
 la esposa del rey mi hermano...
 ¡Doña Blanca de Borbón!

CASTRO

Cubriéndose el rostro con las manos.

¡Doña Blanca! ¡Qué locura!

FADRIQUE

¡Ve si mi suerte es horrible,
 pues he puesto mi ventura
 más allá de lo imposible!
 Ya sabes que fui a Narbona
 para traerla a Castilla,
 a compartir la corona
 con don Pedro... De Sevilla
 salté—¡nunca tal hiciera!—
 anhelando en mi furor

vengar a doña Leonor,
recién muerta en Talavera.
En Narbona la encontré...
Mas ¡ay! que apenas la vi,
yo no sé lo que sentí
que sin habla me quedé;
huyó el color de mi cara,
y se doblaron mis dos
rodillas, cual si me hallara
a la presencia de Dios...
¡Y desde entonces, fatal,
este amor desesperado
llevo en el pecho clavado
como si fuera un puñal!
Como curarme no espero,
de arrancármelo no trato,
pues si lo arranco me mato,
y si lo dejo me muero.
¡Y puesto que he de morir,
en mi desesperación,
prefiero al fin sucumbir
con él en el corazón!

CASTRO

Huid de ella, pues bien
dice el sentir de la gente:
«Cuando los ojos no ven
el pecho, señor, no siente.»

FADRIQUE

Su amor conmigo concluye.

Como mi sombra me sigue;
y si la persigo, huye,
y si huyo, me persigue.
Para mis cuitas finar,
al rey le vine a pedir
su licencia para ir
a la frontera, a lidiar
con las huestes agarenas...
¡Bendito el dardo, el lanzón
que al pasarme el corazón
me liberte de estas penas!
¡Para ver si de esta suerte,
luchando logro olvidar
amor que me ha de matar,
si ya no me dió la muerte!

CASTRO

Mas la reina ¿os ha alentado?

FADRIQUE

No sé... ni saberlo quiero...
Sólo sé que enamorado
de ella estoy, y amando muero...

ESCENA IV

Dichos y un PAJE, que penetra por la izquierda.

PAJE

Para la marcha, señor,
todos están preparados;

y a la puerta, de impaciencia,
relincha vuestro caballo.

FADRIQUE

Al paje.

Vamos pronto.

A la Padilla

ve y dile en mi nombre, Carlos,
que para partir, tan sólo
despedirme de ella aguardo.

El paje entra por la primera puerta de la derecha.

Le debo a doña María
gratitud. Prestóle amparo
a mi madre, y generosa
su vida hubiera salvado
sin la traición de la reina,
y si se presenta el caso
ya verá doña María
como con creces le pago,
que olvidar deudas de honor
no es propio de hombres honrados.

ESCENA V

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCIA DE SOTOMAYOR,
que aparecen por la derecha.

PAJE

Aquí está doña María.

Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan.

MARIA

¿El maestro de Santiago
se va a Llerena de nuevo?

FADRIQUE

Tan sólo estoy esperando,
para partir, que a besar
me deis, señora, las manos,
pues la gratitud que os debo
ya que no puedo pagaros
con mi vida, dejad que
os la pague con los labios.

Se inclina y le besa la mano.

MARIA

No me recordéis memorias
que olvidar debemos ambos;
hice por vos cuanto pude...
Y sabed que, en todo caso,
puede conmigo contar
el maestro de Santiago.

FADRIQUE

Y yo la existencia entera
os diese, señora, en cambio,
y aun la vida es poco para
lo que os estoy obligado.
¡Adiós, señora! ¡Sabed
que en mí tenéis un esclavo!
Y si alguna vez—en estos
tiempos porque atravesamos

todo en lo posible cabe—
necesitáis el amparo
de un brazo y un corazón,
si os pueden servir de algo,
aquí, señora, tenéis,
mi corazón y mi brazo!

Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan y salen
por la izquierda seguidos del paje.

ESCENA VI

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR

JUANA

¡Pálida estáis, dueña mía!
No parece sino que
con la claridad del día
vuestra claridad se fué.

MARIA

Don Pedro cazando está
y sin él vivir no puedo.
Es sol que vida me da,
y cuando mi sol se va
yo no sé cómo me quedo.
Corro de acá para allí,
con mi soledad batallo,
y en mi ciego frenesí
busco algo que no hallo
ni en mí ni fuera de mí,
pues tras su recuerdo fiel

vaga aturdido mi amor,
 dando aullidos de dolor,
 igual que un ciego lebrel
 en busca de su señor.
 Mi corazón se subleva
 cuando pienso en su partida...
 ¿Cómo no quedar dolida,
 cuando en sus manos se lleva
 como un anillo mi vida?
 ¡Vida que tan suya es,
 que si de ella se cansara,
 yo misma la deshojara
 como una flor a sus pies!

ESCENA VII

Dichos y MENCIA con un laúd en la mano; URRACA,
 ALFONSO CARIELLO, ISABEL y damas que entran por
 la verja del jardín.

MENCIA

Acercándose a doña María.

Aquí el laúd. El laúd
 de aquel joven trovador
 que, prendado de la reina
 doña Juana de Aragón,
 le hallaron una mañana
 muerto al pie de un torreón,
 con un venablo clavado
 en mitad del corazón.
 Tiene las cuerdas de plata...

¡Señora, pulsadlo vos,
que sólo pulsarlo deben
manos que sepan de amor!

JUANA

Cantadnos, doña María,
alguna nueva canción,
que los cantares y el vino
hermanos gemelos son,
pues ambos dicen que espantan
las penas del corazón.

MENCIA

¿Os acordáis de la trova
a Sevilla, que, al fulgor
de la luna sobre el río,
en vuestra barca cantó
aquel remero de Gelves
con lágrimas en la voz?
Era una noche de mayo...
Don Pedro estaba con vos,
apenas convaleciente
de su mal. Bajo el blancor
del plenilunio, la barca
se deslizaba veloz,
como perdida en un sueño
de blancos lirios en flor.
¿Os acordáis? En el aire
se respiraba el olor
de las riberas floridas
de azahares... Se extinguió

como un perfume en el viento
el eco de la canción...
¡Recitad aquella trova,
que quiero aprenderla yo!

ISABEL

¡Recitadla!

URRACA

¡Recitadla!

JUANA

¡Siquiera por el amor
de esa ciudad que os adora
igual que se adora a Dios!

MARIA

Acompañándose del laúd.

Eres, Sevilla, igual que una
sultana pálida de amor,
que encanta un rayo de la luna
sobre un morisco mirador.
Tu regia pompa se retrata
bajo tus cielos de zafir,
como en espejos de oro y plata
en el azul Guadalquivir.
Tu nombre, dulce de cantar,
glorioso como el del laurel,
huele a jazmines y a azahar,
suena a laúd y sabe a miel.

Mansión de encantos hecha para,
sin voluntad, morir de amor
como una flor que deshojara
el salpicar de un surtidor.
Los ojos que una vez te ven
siempre contigo han de soñar,
y ni en la gloria del Edén
podrán tus glorias olvidar.
Aureo joyel de Andalucía,
otra ciudad cual tú no existe,
pues es, Sevilla, la alegría,
la regia pompa que te viste.
¡Córdoba tiene su mezquita,
Jaén su altiva catedral...
Sevilla nada necesita,
porque Sevilla tiene más!
Cielos más claros que ninguna,
noches más límpidas y bellas...
Aquí es más fúlgida la luna
y más brillantes las estrellas.
Tu juventud, ebria de amores
y sol, no sabe lo que es frío...
En ti no nievan sino flores
y llueven perlas de rocío.
Ciudad formada para el
sueño más bello del amor,
tienes la sangre del clavel
y el corazón del ruiseñor...
¡Ciudad formada para el
sueño más bello del amor!

Pequeña pausa. En el jardín aparece la luna.

JUANA

Todo el alma de Sevilla,
 igual que un ramo de azahar
 sobre el seno de una novia,
 perfuma en ese cantar.
 Resuena un estruendo de trompas de guerra en el foro.

MARIA

Alarmada.

Esas trompetas, ¿qué son?

JUANA

Corriendo al ajimez de la izquierda.

Don Fadrique que se va
 a Llerena con los suyos.

URRACA

Desde el fondo.

¡Venid, señora, y mirad
 cómo atraviesan sus huestes
 las calles de la ciudad!

ISABEL

Desde el jardín.

¡Qué gallardo va el maestro
 cabalgando en su alazán!

JUANA

Desde el jardín los veremos.

URRACA

¡Venid, señora, y mirad!

Doña María y las damas se dirigen al jardín entre el clamor de las trompetas. Al ir a salir Mencía la detiene Beltrán, que entra rápidamente por la izquierda.

ESCENA VIII

BELTRÁN y MENCIA

MENCIA

¡Siempre os encuentro a mi lado!
 ¿El rey, acaso, Beltrán,
 para honrarme, os ha nombrado
 mi guardián?
 ¡Vuestra terquedad me asombra!
 ¿Cuándo libre me veré?

BELTRAN

Cuando os deje vuestra sombra,
 yo, señora, os dejaré.

MENCIA

Siempre que hablo, me contesta
 como un eco dolorido,
 vuestra voz, torpe y molesta...
 ¿Cuándo dejará mi oído
 de escuchar las tristes quejas
 de vuestros locos amores?

BELTRAN

Cuando dejen las abejas
 de buscar miel en las flores.

MENCIA

Es vana vuestra porfía...
 ¡Dejadme ya, señor paje!

BELTRAN

No puedo, doña Mencía,
que traigo un doble mensaje.

Mencía intenta escapar. Beltrán la detiene.

Escuchad... El rey lo ordena.

MENCIA

Si me niego a obedecer,
decid, Beltrán, ¿qué condena
el rey me puede imponer?

BELTRAN

Su justicia es vengadora
con la traición... ¿Ya sabéis?...
Que os den mil besos, señora,
donde vos mejor gustéis;
pues generoso es su pecho,
y a los reos de traición
suele dejar un derecho:
el derecho de elección...

MENCIA

Mil besos... ¡Ay, qué insolenciat

BELTRAN

Y estos mis labios serán
los dos verdugos que harán
en vos firme la sentencia.

MENCIA

¿Y si a cumplirla me niego?

BELTRAN

Mis brazos serán prisión...
¡Y os quemaréis en el fuego
dentro de mi corazón!

MENCIA

Por no sufrir tal ultraje
os oigo. Como es de ley,
decid el doble mensaje...
Pero primero el del rey...

BELTRAN

Ya sabéis, doña Mencía,
que, como mozo galán,
gusta de la cetrería...
Sobre un soberbio alazán,
todo enjaezado de oro
y perlas, que le envió
desde Granada el rey moro
esta mañana salió
con otros nobles señores,
de Sevilla, la leal,
a probar unos azores
llegados de Portugal.
Y como soy su halconero
favorito, también iba
cabalgando en un overo
en la regia comitiva.
Por esos montes cazando
pasamos entero el día:
él, en su dueña pensando,

y yo en vos, doña Mencía.
 A su lado me llamó,
 y en voz baja me ordenó
 que regresase a Sevilla,
 galopando a rienda suelta,
 para dar a la Padilla
 la noticia de su vuelta.
 Y encontrar no pudo él
 un mensajero mejor,
 ¡que al más cansado corcel
 alas le presta el amor!
 Y ya que os di su mensaje,
 ahora, señora, escuchad
 otro que para vos traje...
 ¡Mis tristes ojos mirad,
 y ellos os dirán, Mencía,
 todo lo que el alma siente,
 cual decirlo no podría
 el labio más elocuente!
 Miradlos por vos llorar,
 pues el llanto es el mejor
 lenguaje para expresar
 las tristezas del amor!

MENCIA

Conmovida.

¡Beltrán, Beltrán, yo no quiero
 que sufras así, que llores!...

Contemplando el jardín, donde resuenan las risas de las
 damas.

Mas, mira: aquel limonero

está dejando sin flores
mi señora... Trae un ramo
tan grande, que si dijera
que es ella la primavera...

BELTRAN

¡Mencía!... ¡Cuánto te amo!

MENCIA

¡Calla, calla, señor paje!...
¿Cuándo al fin te callarás?
Se acerca ella, y podrás
ahora decirle el mensaje.

Se dirigen al jardín, donde se ven cruzar a doña María
y algunas damas. Por la puerta de la izquierda aparecen
Alburquerque y Pero López de Ayala.

ESCENA IX

ALBURQUERQUE y PERO LOPEZ DE AYALA

ALBURQUERQUE

Alguna noticia urgente
Beltrán ha traído. Acabo
de verle entrar a galope
desempedrando ese patio.
Tiró las bridas al cuello
y descabalgó de un salto,
y aquí se entró tan de prisa
que alcanzarle no he logrado.

LOPEZ

Temeroso.

¡Si algún traidor a don Pedro
le dió la noticia, estamos
perdidos!

ALBURQUERQUE

¿Por qué temores
si armas tenemos y brazos?
Y puesto que en esta empresa
la cabeza nos jugamos,
si a traición nos han vendido,
en vez de esperar, temblando
como viles mujerzuelas,
las cóleras del tirano,
esperemos como hombres,
con las armas en la mano.
Retroceder no es posible;
todo está ya preparado;
prontas las gentes de armas;
los corceles enjaezados...
Al sonar las oraciones
aquí estaremos. En tanto,
para que seguir no puedan
las huellas de nuestros pasos
desjarretaremos todos
los corceles que han quedado
en esas caballerizas...
Y encerraremos al paso,
en las cuevas del alcázar,
palafreneros y esclavos...

LOPEZ

Aquí viene la Padilla
con Beltrán...

ALBURQUERQUE

Ayala, vámonos,
no sospeche de nosotros
al mirar que la espiamos.

Se van por la izquierda.

ESCENA X

DOÑA MARIA, DOÑA JUANA, MENCIA, URRACA, ISABEL, BELTRÁN y damas, que entran por la verja del foro, con grandes ramos de flores.

MARIA

Frescas guirnaldas de rosas
en los arcos colocad;
cubrir de lirios el suelo,
y mi cámara adornad
con manojos de claveles
y con ramos de azahar,
que mi amor regresa, y gusta
entre flores reposar.

Algunas damas suspenden guirnaldas de los arcos.

Otras penetran con las flores en el aposento de doña María.

Encended todas las lámparas,
y de las arcas sacad
la veste mejor labrada,

el más soberbio collar,
 las joyas más ricas, todo
 cuanto me pueda ataviar,
 porque le gusta mirarme
 ataviada a mi galán.
 Cumplid mis órdenes presto...
 ¿Llegará pronto, Beltrán?

BELTRAN

Tal ansia tiene de veros,
 que para presto llegar
 alas su misma impaciencia
 a su corcel prestará.

MENCIA

Saliendo de la estancia de doña María.

Señora, el rey ha llegado...

BELTRAN

Aquí le tenemos ya.
 Aparece don Pedro por la estancia de doña María,
 vestido de caza y con un gerifalte al puño. Doña
 María corre hacia él.

ESCENA XI

Dichos y DON PEDRO

MARIA

¡Don Pedro!

PEDRO

¡Doña María!...

Felices ojos que van
a verte después de tantas
horas que ciegos están!

A Beltrán.

Toma el gerifalte, toma
mis armas y ve, Beltrán,
a la entrada del jardín
a recoger mi alazán,
que fatigado, de tanto
como ha corrido, estará.

MARIA

¡Mi corazón va a romperse
de tanta felicidad!
¿Cómo llegasteis tan pronto?

PEDRO

Un deseo de mirar
tus pupilas, de sentirte
entre mis brazos temblar,
me acometió de repente...
Volví rienda a mi alazán...
Nadie sabe mi partida
ni nadie me ha visto entrar...

MARIA

¡Dueñas mías, dueñas mías,
marchaos a descansar!

Salen las damas por la puerta de la derecha.

ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA MARIA

MARIA

¿Vendrás fatigado de la cetrería?

PEDRO

Tres leguas por verte corrí en una hora...
 ¿Mas qué son tres leguas, si el amor nos guía?
 Amor tiene alas, distancias devora...
 Con las bridas sueltas, flotantes las crines,
 sintiendo la espuela sangrar los ijares,
 mi corcel volaba por esos jardines
 que nievan el suelo con sus azahares.
 Un rastro de flores dejó su carrera.
 ¡Amorosamente temblaban sus ancas,
 igual que si en ellas resbalar sintiera
 las tibias caricias de tus manos blancas!

MARIA

¡Oh dulces verdades y tiernas mentiras!
 ¡Qué alegres mis manos en tus manos presas!
 Se apagan mis ojos si tú no los miras;
 se secan mis labios si tú no los besas...
 A tu lado todo de gozo florece...
 ¡Viéndome en tus ojos recobro la calma,
 porque al verme en ellos, señor, me parece
 que miro mi alma dentro de tu alma!

PEDRO

¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas, María?

Te vi en una tarde clara como ésta...
 También, como ahora, de caza volvía,
 galopando solo por esa floresta,
 gerifalte al puño y al cinto la espada,
 ebrio con la gloria de mis quince abrilés,
 sueltos a la fresca brisa perfumada,
 mis rubios y undosos rizos juveniles...
 Entre locos sueños, en la maravilla
 de la tarde, el alma respiraba entera
 el perfume múltiple que exhala Sevilla,
 que es todo el aroma de la primera.
 Bajo el argentino claro campaneo
 que la floreciente tarde armonizaba,
 sediento de presas, era mi deseo
 como el gerifalte que al puño llevaba.
 Refrené mi potro... Revoloteaban
 las palomas sobre tu alfeizar, María.
 Unas, en tus manos el trigo picaban,
 y otra, más traviesa, su pico extendía
 buscando tus labios, con su tembloroso
 plumaje peinando tu negro cabello...
 ¡Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,
 y sus corvas garras las hundió en su cuello!...
 ¡Y lanzando un grito de horror, dolorida,
 a tus propios senos llevaste la mano,
 igual que si en ellos sintieses la herida
 del amor, que tiene garras de milano!

MARIA

¿Y cómo mi labio reprimir podría
 un grito de angustia, si también tu halcón,

al par que apresaba la paloma, hundía
 sus garras sangrientas en mi corazón?
 Un presentimiento suspiró a mi oído,
 con la voz que oímos temblar en un sueño:
 —¡Tu alma ya no es tuya!... ¡Su dueño ha venido!...—
 ¡Y alma y vida, juntas, se las di a mi dueño!
 Te amo porque eres generoso y fuerte;
 porque me subyuga tu altivo mirar;
 porque ha encadenado tu orgullo a la muerte,
 y altivo la miras sin pestañear!
 Y cuando mis manos tus rizos separan,
 de orgullo y de miedo salta el corazón,
 y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran
 las enmarañadas crines de un león.
 ¡Reposa en mis brazos! Da todo al olvido...
 ¿Qué te importan reinos, cetro ni corona?...
 ¡Con las zarpas prestas y atento el oído,
 mi león, tus sueños vela tu leona!

ESCENA XIII

Dichos y BELTRÁN, que entra por la derecha.

BELTRAN

Su Alteza me perdone... mas venía...

PEDRO

¿Qué pasa? Dí, Beltrán, ¿cómo te atreves
 a penetrar aquí?

BELTRAN

Están, don Pedro,

Temblosos.

desjarretados todos los corceles
en las caballerizas...

PEDRO

¿Es posible?

Mas, ¿cómo? Dí, Beltrán...

BELTRAN

¡Venid y vedles!

Hasta vuestro alazán, en este patio,
bañado en sangre y en sudor se muere...

PEDRO

¡Dame un hierro, Beltrán! ¡Vuelvo, María!
¡Sepamos presto qué misterio es éste!

Beltrán toma una antorcha y sale con don Pedro por la primera puerta de la derecha. Suenan las oraciones en el convento próximo. Doña María se arrodilla. Algunas sombras aparecen en el fondo del jardín.

ESCENA XIV

DOÑA MARIA y conjurados.

MARIA

Rezando.

¡Señor, por las afrentas que sufriste,
haz que repose el corazón del triste,
y que sus llagas dolorosas
se conviertan en rosas!...

¡Señor, por las afrendas que sufriste!
¡Señor, por el dolor de tu pasión,

unge con la piedad de tu perdón
a los que en brazos del mal gimen,
a la traición y al crimen!...

¡Señor, por el dolor de tu pasión!
¡Señor, por las espinas de tu sien,
por la sangre que corre por tu faz,
da a los ojos el sueño, y da también
al corazón la paz!...

¡Que nadie turbe vuestra gloria!... ¡Amen!

Los conjurados se han ido acercando cautelosamente a
doña María. Esta, al levantarse, los contempla y retroce-
de asustada.

ALBURQUERQUE

En voz baja a los conjurados.

Vigilad esas puertas...

MARIA

Mas, ¿qué es esto?

¡Traición, traición!

Gritando.

ALBURQUERQUE

Amenazándola con un puñal.

¡Silencio! ¡Una palabra
y sois muerta!

MARIA

¡Socorro!

ALBURQUERQUE

¡No gritéis
o mi puñal os hundo en la garganta!

MARIA

¡Don Pedro, a mí, don Pedro!...

Los conjurados arrebatan a doña María.

ESCENA XV

Dichos y DON PEDRO, BELTRAN y damas. Las damas salen precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y después don Pedro y Beltrán. Todo rapidísimo.

DAMAS

¿Qué sucede?

MARIA

Gritando por el fero.

¡Amparadme!

ALBURQUERQUE

¡Ponedle una mordaza!

DAMAS

Gritando, mientras los conjurados se llevan a doña María hacia el jardín.

¡Se la llevan!... ¡Socorro!

MARIA

¡A mí, don Pedro!

DAMAS

Como locas, gritando.

¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Compasión!...

PEDRO

Apareciendo en la primera puerta de la derecha.

¿Qué pasa?

DAMAS

Se la llevan.

El rey corre hacia los conjurados, y al ir a escapar por la verja, sujeta del tabardo a López de Ayala. Don Pedro levanta la espada. Pero López de Ayala cae de rodillas.

LOPEZ

¡Piedad!...

PEDRO

¡Presto! ¿Quién eres?

LOPEZ

¡Tened piedad, señor!

PEDRO

Arrancándole el antifaz.

¡López de Ayala!

LOPEZ

Me arrastró la lealtad... Pensé serviros...

PEDRO

¡Disculpas no me des!... ¡La verdad!... ¡Habla!

LOPEZ

Alburquerque y La Cerda se la llevan
a medina del Campo...

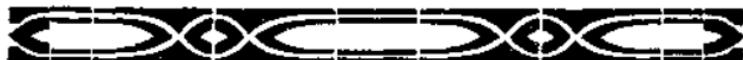
PEDRO

Sacudiéndole violentamente por el brazo.

¡Traidor, basta!

¡Puesto que al hombre transformáis en fiera,
la fiera va a rugir... Desde este instante,
para saciar mi sed no habrá bastante
sangre, traidores, en Castilla entera!...

TELÓN RÁPIDO



ACTO TERCERO

Galería en el castillo de Medina del campo. Al fondo, una gran puerta gótica que da a la iglesia. A la izquierda, dos amplios arcos que conducen a las almenas. A la derecha, la puerta de la cámara de doña María de Padilla y un postigo que se supone da a un subterráneo. En el centro de la escena, un alto crucifijo de talla, iluminado por una lámpara de aceite

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE, DON JUAN DE LA CERDA, DON FERNAN RUIZ DE CASTRO y fijosdalgos, conversando en torno de la cruz.

ALBURQUERQUE

Fijosdalgos de Castilla,
fijosdalgos, que jurasteis
por la cruz de vuestro acero
y el honor de vuestra sangre
prestar amparo a las reinas
contra el rey, llegó el instante
en que, matando o muriendo,
vuestra palabra cumpláis,
que abandonar tales damas
en tan peligrosos trances,

no es propio de caballeros
 que se precien de galanes.
 Frente a Medina, don Pedro
 piensa sentar sus reales.
 Y en su furor ha jurado
 no alzarlos, mientras no sacie
 su venganza— no en nosotros,
 que hombres somos y no en balde
 ceñimos cotas y espadas
 para morir como tales,
 ¡sino en la sangre inocente
 de su esposa y de su madre!
 Y vosotros, hijosdalgos,
 si a vuestro honor sois leales,
 en tanto que por las venas
 corra una gota de sangre,
 ¿permitiréis que se cumplan
 juramentos semejantes?

FIJOSDALGOS

¡Nunca!

ALBURQUERQUE

Solemnemente, arrodillándose al pie del crucifijo.

¡Por los evangelios,
 juro, a los pies de esta imagen,
 prestar amparo a las reinas!...
 ¡Y antes que las desampare,
 que mi cabeza miréis
 sangrando de esos adarves,
 y piquen cuervos mis ojos
 y coman lobos mis carnes!

FIJOSDALGOS

Arrodillándose y extendiendo los brazos para jurar.

¡Nosotros también juramos!

ALBURQUERQUE

Levantándose y señalando las almenas.

¡Desplegad los estandartes;
enjaezad vuestros corceles,
que antes que la aurora bañe
las torres de este castillo
con sus vivas claridades,
las roncadas trompas de guerra
atronarán esos valles,
para salir al encuentro
de las mesnadas reales!

Los fijosdalgos se inclinan y salen por la arquera
de la izquierda.

ESCENA II

ALBURQUERQUE, LA CERDA FERNAN RUIZ DE CASTRO y SANCHO FERNANDEZ DE TORO conversando en el primer término de la izquierda.

ALBURQUERQUE

¿Qué noticias, campeones,
trajeron de nuestro campo?

SANCHO

La gente de don Enrique
de Toro se ha apoderado;

y los infantes esperan
tomar Burgos por asalto.

CERDA

Y el rey, a nuestro mensaje,
¿qué respondió?...

ALBURQUERQUE

Don Fernando,
repetid a estos señores
cómo cumplísteis mi encargo.

CASTRO

Un poco desconcertado.

En servicio de las reinas
llegué ayer tarde a su campo,
en la punta de mi lanza
mi blanca toca agitando.
Paré a la tienda del rey,
y las rodillas doblando
quise entregarle los pliegos...
¡mas los rechazó su mano!
Y me dijo, lentamente,
con los dientes rechinando,
cual si sus propias palabras
las desgarrase en sus labios:
—No quiero ver esos pliegos,
ni me habléis de ellos, Fernando,
que pliegos de esta ralea
manchan mis reales manos.
Para que de ellos no queden

ni los más ligeros rastros,
 a vuestra vista, el verdugo
 ahora mismo va a quemarlos,
 y aventará para siempre
 su ceniza en el espacio.
 ¡Vos, volved con los rebeldes,
 y si ahora merced os hago
 de la vida, es porque espero
 mañana mismo colgaros
 de los muros de Medina,
 sobre el almenar más alto!
 Y volviéndome la espalda,
 salió furioso, exclamando:
 —¡Pronto, mis gentes de armas,
 prended fuego a todo cuanto
 en este lugar se encierra,
 para que el fuego sagrado
 devore, lo que el aliento
 de un traidor ha profanado!

Pequeña pausa. Más desconcertado.

Ya no hay que pensar en paces...
 ¡Don Pedro no admite pactos
 ni dará a nadie cuartel!

ALBURQUERQUE

Violentamente.

Mas ¿quién en ello ha pensado?
 No hay más razón que las armas...
 ¡Y a las armas apelamos!
 ¿Medina suya? ¡Medina
 será de don Pedro cuando

mi cinto no lleve espada
ni mis hombros tengan brazos!

CERDA

Con recelo.

Mas ¿si hay traidores?

ALBURQUERQUE

Se cuelgan
de una almena para pasto
de las aves de rapiña...

CERDA

Insistente,

Mas si entre ellos acaso
hubiese alguno...

ALBURQUERQUE

Don Juan
de La Cerda, ¡hablemos claro!
¿Sospecháis?...

CERDA

De don Fadrique.

CASTRO

Con violencia.

¡Vive Dios que es de villanos
ofender al que no puede,
por no estar presente al caso,
a la lengua que le ultraja

arrancarla con su mano!
Mentis si tal sospecháis...

CERDA

Indignado, empuñando la espada.

Esas frases, don Fernando...

CASTRO

Echando mano a la espada.

¡Siempre sostuvo mi espada
lo que dijeron mis labios!

ALBURQUERQUE

Interponiéndose con enérgica severidad.

¡Callad... o haré un escarmiento!
El maestro de Santiago

A la Cerda.

no puede infamar la cruz
que sangra sobre su manto.
Además, no es de los nuestros;
nada ofreció, ni ha jurado.
A servir vino a las reinas
con el rey, de intermediario.
Marchad, don Juan, a dar órdenes
a la gente. Don Fernando,
vos, anunciad a las reinas,
que al bañar el sol los campos
profesará la Padilla..
Mas antes, daros las manos...

Don Fernán Ruiz de Castro y La Cerda vacilan un instante. Después se estrechan fieramente las manos.

CERDA

En voz baja.

Las palabras que dijisteis...

CASTRO

Idem a La Cerda.

Os las sostendré en el campo.

Sale La Cerda por el primer término seguido de don Sancho.

ESCENA III

ALBURQUERQUE, FERNAN CASTRO y DON ALVARO DE ZÚÑIGA, que entra por el segundo término de la derecha. Al verlo se detiene don Fernando.

ALVARO

¡Señor!

ALBURQUERQUE

¿Mi encargo cumpliste?
¿Y las reinas?

ALVARO

Con sus damas
en el salón de esa torre
ataviándose se hallan.

ALBURQUERQUE

¿Y la Padilla?

ALVARO

Platica

con don Fadrique en su estancia...

Y a la profesión se muestra,
al parecer, resignada.

ALBURQUERQUE

Acompañad al de Castro
donde las reinas aguardan,
y ejerced sobre el castillo
la más dura vigilancia.

Sale por el segundo término de la izquierda.

ESCENA IV

DON ALVARO y FERNAN RUIZ DE CASTRO.

CASTRO

Viendo desaparecer a Alburquerque y dirigiéndose
a don Alvaro.

Tengo que hablaros, don Alvaro.

ALVARO

¿Qué queréis?

Sorprendido.

CASTRO

Mirándole fijamente.

Oid con calma,
mancebo, ¿De este castillo
sois el alcaide, y la guardia
de la Padilla os tienen
también en él confiada?

ALVARO

Es cierto.

Alarmado.

CASTRO

Con lentitud.

¿Porque creisteis
que la Padilla fué causa
de que vuestro padre fuera
desterrado de su patria,
vos habéis sido, don Alvaro,
traidor a vuestro monarca?

ALVARO

Sin poder contenerse.

¡Vive Dios que si seguís
hablando!...

CASTRO

Con seriedad.

¡Mancebo, calma,
que os conviene más que a mí,
el escuchar mis palabras!
¡Don Alvaro, respondedme
con sinceridad, que os habla
un hombre para quien vos
oculto no tiene nada!

Acercándose a don Alvaro.

¿Es cierto que al conocer
la verdad de la desgracia
de vuestro padre, y que a ella

era la Padilla extraña,
 pues obra fué de los mismos
 que hoy defiende vuestra espada,
 habéis jurado, don Alvaro,
 de todos tomar venganza,
 y arrepentido, del rey
 queréis volver a la gracia,
 para lo cual a su campo
 llegasteis ayer mañana?

ALVARO

¿Quién dijo?

Espantado.

CASTRO

Vuestra conciencia,
 que por vuestros ojos habla.
 ¿No habéis ofrecido al rey

Con lentitud.

darle en el castillo entrada
 esta noche, por alguna
 galería subterránea
 de vos solo conocida?
 Pues vamos... ¡Don Pedro aguarda
 que ahora, devoto, cumpla
 don Alvaro su palabra!
 Aquí he venido a avisaros...
 ¿Vuestra gente, preparada
 se encuentra, a prestar su apoyo
 a las huestes del monarca?

ALVARO

Convencido.

Sólo a su señor esperan,
para morir por su causa.

CASTRO

A la entrada de la cueva
nuestro señor nos aguarda.

ALVARO

Señalando el postigo.

Pues vamos... (Si me traicionas
no quedaré sin venganza.)

Desnudando el puñal, y saliendo recatadamente detrás de
Castro por el postigo.

ESCENA V

DOÑA MARIA DE PADILLA y DON FADRIQUE, que salen
por la primera puerta de la derecha.

FADRIQUE

Señora, a salvaros vine,
y no hay tiempo que perder.
No dejad que tarde os pague
deudas que aún no os pagué,
que ser deudor de favores
a un noble no sienta bien.
Me enteré de vuestro rapto
cuando a Llerena llegué,
por un pliego de mi hermano

y de las reinas, en que
se me instaba a que tomase
parte en la traición también.
Y pensando en que salvaros
pudiera, el plan acepté.
Conmigo podréis partir
con el alba... Yo estaré
con mis huestes, esperandoos
de esas murallas al pie.
Conozco un camino oculto
y por él huir podréis.

MARIA

Perdonad, señor maestro,
que rechace auxilios que,
aunque agradecida os quede,
aceptar nunca podré,
porque el aceptarlos fuera
cobardía y no altivez,
y entre cobarde y altiva,
altiva prefiero ser.
¡A traición me arrebataron
de los brazos de mi bien!...
El sabrá vengar la ofensa...
¡De aquí señor, no saldré
—y perdonad mi osadía—
sino del brazo del rey!

FADRIQUE

¡Mas yo vine aquí a salvaros,
y os juro que os salvaré,

aunque tenga que arrasar
 esta fortaleza, pues
 dejaros aquí ahora, fuera
 acción indigna de quien
 ciñe acero y viste mallas
 y lleva esta cruz también!
 ¡No abrigad una esperanza,
 porque todo inútil es!...
 ¡Cuando despunte la aurora,
 señora, profesaréis!
 Para salvaros, en vano
 sus huestes congrega el rey,
 porque al llegar a estos muros
 no habrá ya esperanza, pues
 será la esposa de Cristo
 imposible para él.

MARIA

Mi alma entera os agradece
 vuestra ayuda. Mas no huiré,
 porque la gente no diga
 que cobarde—al fin mujer—
 por temor a su venganza
 de sus manos me escapé,
 que quien nunca ha delinquido,
 nada tiene que temer.
 Aquí espero mi destino...
 ¡Y si mi destino es
 ahogar mi vida en un claustro,
 tranquila al claustro me iré
 a buscar a mis dolores

el consuelo de la fe!
 ¡Y si la muerte me brindan
 entonces, ya verán, pues,
 cómo mueren en Castilla
 las mujeres de mi prez,
 y será honrada en la muerte
 quien honrada en vida fué!

FADRIQUE

Pues bien, señora, me marchó,
 no vayan a sorprender
 nuestra entrevista, y sospechen...
 A solas, pensadlo bien...
 Yo al pie de esos torreones
 aguardo al amanecer...
 ¡Y si partir no quisierais...
 yo solo me partiré,
 porque presenciar no quiero
 infamias de este jaez...
 que el presenciarlas, indigno
 de un noble, como yo, est...
 Se inclina y sale por el primer término de la izquierda.

ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA

MARIA

Sola y abatida al pie de la imagen.

¡Piedad, piedad, Señor! ¿No le ha bastado
 a tu rigor las penas que he sufrido?

¡Tantos insultos como he devorado!
¡Tantas saetas como me han herido!
El vulgo vil escarneció mi nombre;
mi fama manchan la traición y el dolo...
¿Que vos sufristeis más? Vos erais hombre,
y además erais Dios... ¡Y yo soy sólo
una débil mujer desamparada,
que, en su doliente y lacrimoso anhelo,
a vuestros santos pies arrodillada,
lo que no halla en la tierra pide al cielo!
¡Ayúdame, Señor, porque me falta
la fuerza, y el cansancio me domina...
Mi altiva frente, que brilló tan alta,
hoy entre el polvo, de dolor se inclina!
¡Pequé, Señor, pequé... Sueños livianos
me apartaron de tí... Tú eres testigo
que viniendo el castigo de tus manos,
aceptaré gustosa tu castigo!
Revolcándome en lecho de serpientes,
retorciéndome en medio de las llamas,
aun cuando crujan de terror mis dientes
y ardan mis huesos como secas ramas,
yo alabaré tu gloria justiciera,
porque hambrienta de goces me he entregado
—con todo el cuerpo y con el alma entera—
a los falsos deleites del pecado!
Con la justicia tu poder coronas...
Pero piensa, Señor, si tú, que eres
todo misericordia, no perdonas
a los pobres mortales, ¿cómo quieres
que ellos, que son salvajes como potros

y vengativos como salteadores,
 dando al olvido agravios y rencores
 se perdonen los unos a los otros?
 ¡Dale lepra a mi carne, al alma fuego;
 condéname al más bárbaro castigo,
 que tranquila a tus cóleras me entrego,
 y en mi suplicio tu rigor bendigo!
 ¡Pero salva este amor que tú encendiste
 dentro del corazón, para que fuera,
 en las tinieblas de mi vida triste,
 la única estrella que su luz me diera!...

Permanece un momento sollozando, abrazada a la cruz.

ESCENA VII

Dicha, DOÑA BLANCA y DOÑA SOL.

Estas últimas aparecen por el segundo término de la izquierda
 y se detienen al ver a la Padilla.

BLANCA

Señalando a la Padilla.

¡Aquí está ya!

SOL

Deteniéndola

¿Qué va a hacer
 su alteza?

BLANCA

Imponiéndole silencio con un gesto.

¡Callad, callad!

Voy a hablar a esa mujer...

¡Vos, el patio vigilad!

Avanza resueltamente hacia la Padilla, la cual, sor-
 prendida, se alza y retrocede.

MARIA

¡Esto más!

Alzándose.

BLANCA

Con feroz alegría.

¡Al fin os ví!

¿Os extraña mi presencia,
o es que os grita la conciencia
al miraros frente a mí?

Doña María inclina la frente y baja los ojos.

¡Palidece vuestra tez
y bajáis los ojos: tal
se presenta el criminal
ante la vista del juez!

MARIA

¡Piedad, señora!

Cayendo de rodillas.

BLANCA

Aproximándose a ella.

De mí,
tú, manceba, ¿la has tenido?...
¡A vengar aquí he venido
los ultrajes que sufrí!
Sin pena dejé mis lares,
olvidando, en mi alegría,
mis recuerdos familiares,
pensando que aquí hallaría
cuanto anhelante soñé:
la dicha, el amor y un trono...

¡Y en el más negro abandono,
 al despertar, me encontré!
 Herida de sus desdenes
 por las burlas asesinas...
 ¡con la corona de espinas
 sangrando sobre mis sienes!
 Cuanto soñaba era tuyo...
 Tú mataste mi esperanza...
 ¡Ya que no mi amor, mi orgullo
 está pidiendo venganza!

MARIA

Suplicante.

No pudisteis ofrecerme
 venganza más ejemplar...
 ¡Qué más venganza que verme
 a vuestras plantas temblar,
 sin vida y color la tez,
 igual que ante vos me veo!
 Tenéis razón... ¡Soy un reo
 a la presencia del juez!
 Oidme como juez ahora,
 que a vuestro arbitrio me ofrezco...
 Mas perdonadme, señora,
 si vuestro perdón merezco.

Pequeña pausa. Doña María la contempla sumisa.

¡No me miréis tan severa!...
 ¿Pues qué culpa tengo yo
 de que en mi pecho creciera
 lo que el cariño sembró?

Con profunda emoción.

¡Amor brota porque sí;
y sin ley y sin razón,
florece en el corazón...
como ha florecido en mí!

BLANCA

La pasión que sin piedad
del alma se enseñoorea,
¿estáis segura que sea
amor, y no vanidad?
Deslumbra el regio fulgir
del trono... A su resplandor,
¿quién acierta a distinguir
la vanidad del amor?

MARIA

¿Qué me importa su realeza,
su gloria y su poderío,
cuando no existe grandeza
comparable al amor mío?
¡Bien se conoce, señora,
que en vuestra alma en reposo
aun no despuntó la aurora
de ese anhelo misterioso
que no sabe qué desea
y es al par dicha y temor,
cuando tenéis una idea
tan mezquina del amor!
¡Si mi amado pobre fuera,
fuera mayor mi contento,

pues por pobre le quisiera
aun con más desprendimiento!
¡Si fuese moro o judío,
fuese menor mi cuidado,
porque al verle despreciado
le amara con mayor brío!
Si fuese traidor y falso...
¡con qué orgullo subiría,
para hacerle compañía,
la escalera del cadalso!
Y aun leproso le quisiera,
para que siempre, apartado
de todos, sólo a su lado
a mi cariño tuviera...
¡Con qué placer, en su encierro,
mi amor, en su idolatría,
la sangre le lamería
de sus llagas, como un perro!

Exaltándose hasta el frenesí.

¿Que me ciega su corona?
Callad, señora, esa ofensa,
porque mi amor no ambiciona
ni sueña más recompensa
que sus miradas amantes,
pues ellas son para mí
de más precio que el rubí,
las perlas y los diamantes,
los berilos y las gemas,
que, cual mágico tesoro,
resplandecen en el oro
de sus fúlgidas diademas.

¡Y es mi afecto tan profundo,
 que para amarle quisiera
 que en mi corazón latiera
 todo el corazón del mundo!
 ¿Poder, riquezas y honor?
 Sin grandezas me acomodo...
 Arrebatádmelo todo...
 ¡Pero dejadme su amor!

En un arranque supremo.

Y si tan inmenso bien
 os hiera, a vos lo confío...
 ¡Quitadme su amor también...
 pero no tocad al mío!
 ¡Mi amor!... Eso no os lo cede
 mi orgullo, señora, a vos...
 ¡que arrancármelo no puede
 ni Dios mismo... con ser Dios!

BLANCA

Conmovida.

Pues bien; si tanto le amáis
 —en vuestras palabras creo—
 ¿por qué no sacrificáis
 a su paz vuestro deseo?
 ¡Amor no es sólo gozar,
 amor es también sufrir;
 sentir su fuego y morir
 quemándose sin gritar!

MARIA

¡Si mi amor sin mí viviera
 feliz, sacrificaría,

no esta pobre vida mía,
¡sino mil, si las tuviera!

Cae de rodillas con las manos juntas.

Sois joven, hermosa y pura...
A vuestras plantas, de hinojos,
por el llanto de mis ojos,
por mi perdida ventura,
por todo cuanto sufrí,
mi amor os suplica ahora,
que le hagáis feliz, señora...
¡Mas que se olvide de mí!

Llorando.

Y yo, en el claustro encerrada,
de esa santa cruz al pie,
al cielo le rogaré,
de mi alma destrozada
arrancando las raíces
de esa amorosa ansiedad:
—¡Que seáis felices, felices
por toda la eternidad!

Con loca desesperación.

Mas si él no olvida mi amor...
si me busca... a él tornaré,
y por su amor dejaré
hasta el trono del Señor!

BLANCA

*Profundamente conmovida, con los ojos arrasados en
lágrimas, alzando a doña María.*

Señora, del suelo alzado;
recobrad vuestro sosiego,

y si es posible, os lo ruego,
mi imprudencia perdonad...
Y que a mi palabra abone
el llanto que mi alma llora...

MARIA

Volviendo a su cámara, con voz solemne al traspasar
los umbrales.

Perdonémonos, señora...
¡para que Dios nos perdone!

ESCENA VIII

DOÑA SOL y DOÑA BLANCA

SOL

Acercándose a su señora.

Os lo dije, mi señora...
Fué imprudencia...

BLANCA

Conmovida.

No lo ha sido...

¡Maldita la tiranía
que así esclaviza al cariño!...
¡Si ella tiene herido el pecho,
mi pecho está más herido!
Las dos un mal padecemos...
¡y cómo odiarnos, Dios mío,
si nuestra pena es la misma
y nuestro crimen el mismo!

SOL

Con misterio y temor.

Señora, si alguien oyese...

BLANCA

¡Qué me importa, si ya he oído
 gritar mi alma en su alma
 maldiciendo del destino!
 ¿Por qué el Señor, si es un crimen,
 me lo puso en mi camino?

Dirigiendo los brazos al cielo.

¿Qué culpa, decid, qué culpa
 tengo yo de haberle visto,
 y que quedase en sus ojos
 este corazón cautivo?

Queda un momento abatida.

SOL

Viendo a don Fadrique, que aparece por el segundo
 término de la izquierda.

Señora, el maestro llega.

BLANCA

Recobrándose.

¡Cállate, corazón mío!

ESCENA IX

Dichas y DON FADRIQUE (que aparece por la arcada del
 segundo término de la izquierda).

BLANCA

¿Conque os marcháis, don Fadrique?

FADRIQUE

Si vuestra venia me dáis,
marcharé con la alborada.

BLANCA

¿Y dónde el maestre va?

FADRIQUE

Puesto que armado me véis,
señora, no preguntad.
Allí donde pueda el temple
de estas mis armas probar,
que en la tierra castellana
es descanso el pelear...
¡Y más para aquel que a solas
con sus recuerdos está!...
¡Porque hay recuerdos que sólo
la muerte puede borrar!

BLANCA

Su poder sostenerse.

Mas ¿si una herida?...

FADRIQUE

¡Qué importa

herida que haga sangrar
el cuerpo, si tengo el alma
herida de muerte ya!

BLANCA

Con intención

¿Tan certera fué la espada,
o estaba, señor, tan mal

defendida que no pudo
el duro golpe evitar?

FADRIQUE

Al hierro que nos ataca
el hierro puede parar.
¡Mas no hay coraza que embote
una mirada mortal,
porque, sin verla, derecha
al corazón se nos va!
¡Y al acordar lo tenemos
herido de muerte ya!

BLANCA

Con intención.

Herida que abren los ojos,
los labios pueden cerrar...

FADRIQUE

Vivamente.

Mas, ¡también pueden matarnos
de tanta felicidad!

Acercándose a ella con un impulso vehemente.

¡Doña Blanca, doña Blanca!
¿Por qué da vuestra piedad
esperanzas al que tiene
muerta la esperanza ya?

BLANCA

Mas, ¿qué fuera de la vida
sin esperanza?... ¡Esperad,
que todo lo vence el tiempo,
y tiempo de todo habrá!

FADRIQUE

¡Herida abierta en el alma,
el tiempo la encona más!

En un arranque de pasión.

¡Señora! ¡Señora!

BLANCA

Haciendo un esfuerzo terrible para ocultar su emoción.

¡Idos!

Pero antes de marchar,
maestre de Santiago, oídme
esta balada que allá
en mis jardines de Francia,
hizo el amor popular:
«Cristiano que vas al moro
por la cruz a guerrear...
¡Toma este anillo de oro
y mételo en tu anular!
¡Y si dentro de dos años
en mí no vuelve a lucir,
cubierta de negros paños
me iré a un convento a pudrir!
Anillo, prenda de amor,
que en su lecho de agonía
me entregó la madre mía,
no puedes serme traidor.
En prenda de amor te di;
a mi amante séle fiel.
¡Que él no regrese sin tí!...
Mas tú... ¡no vuelvas sin él!»

FADRIQUE

Como hablando consigo mismo.

¡Dichoso el guerrero que
esa balada inspiró!

Se queda un momento inmóvil contemplando voraz-
mente la sortija de doña Blanca.

BLANCA

Mas, ¿qué miráis, don Fadrique?

FADRIQUE

Ansiosamente.

Señora, mirando estoy
esa sortija de oro
que en vez—¡oh dulce ilusión!
de engalanar vuestra mano,
con ella se engalanó.

BLANCA

Temblando de emoción.

Fué regalo de mi madre...
Si os place... ¡tomadla vos!
Se la da trémula. Don Fadrique, al tomarla, pa-
ldece.

FADRIQUE

Como ebrio.

¡Gracias, gracias, doña Blanca!
En un arranque de pasión, apretándole las manos y
mirándole hasta el fondo de los ojos.

BLANCA

Abandonándose.

¡Don Fadrique!

FADRIQUE

Soltándola súbitamente.

¡Adiós!

Se va por el segundo término de la izquierda.

BLANCA

¡Adiós!

Despidiéndole con los ojos y saliendo por el primer término. Se va seguida de doña Sol, que durante la escena ha permanecido detrás del arco del primer término.

ESCENA X

DON PEDRO y DON ALVARO, que penetran recatadamente por el postigo.

ALVARO

Deteniendo al rey.

Cubrid el rostro, señor,
que os pueden reconocer.

PEDRO

Con arrogancia.

Ante sus vasallos nunca
oculta su rostro el rey.

ALVARO

Deteniéndole de nuevo.

Mas ved, señor, que aun no es tiempo...

PEDRO

Siempre es tiempo para quien
lleva en el cinto una espada,

y manco, además, no es.
¿Dónde está doña María?

Con impaciencia

ALVARO

Esperad, señor...

PEDRO

¿Por qué?

¡Bien se conoce que aun no
sentiste palidecer
tu semblante, ante el misterio
de unos ojos de mujer,
cuando a un amante aconsejas
que tarde en mirar su bien!...
¡Pronto! ¿Dónde está?

ALVARO

Su alteza
perdone... Mas mi deber...

PEDRO

Tu único deber, don Alvaro,
es callar y obedecer.

ALVARO

Mas nuestra vida, señor,
corre riesgo si a saber ..

PEDRO

¡Llévame a mi amor primero,

mi vida guarda después,
que entre el amor y la vida,
el amor primero es!

ALVARO

Mas, señor, señor, calmaos...
Esperad, señor, que estén
prevenidos todos cuantos
a fuerza de oro compré.

PEDRO

Severamente..

Si llegar aquí a escondidas
yo, don Alvaro, acepté,
sin mi guión y mis gentes,
como un ladrón, es porque
así llegaba más pronto
a los brazos de mi bien;
porque si no, espada en mano
y embrazado mi broquel,
tomado hubiese el castillo
hasta convertirlo en
cenizas que raudo viento
trocarse en polvo después!...
¡Cada minuto que pasa
sin mirarla un siglo es!

ALVARO

Pues por su amor, os conjuro
a que escondido esperéis
la llegada de los nuestros,

a quien yo entrada daré
por el portillo que linda
con el río Zarpadiel.

Su presencia al son de esa
campana os anunciaré.

Entretanto, yo os respondo
de doña María... ¡Mas ved!

Mirando a la arquería del patio. Después señala a don
Pedro el postigo.

Allí viene vuestra madre
con Alburquerque...

PEDRO

Al salir.

¡Pardiez!

¡Los muros de este castillo
van a desplomarse, al ver
cómo a vengar sus agravios
va la justicia del rey!

Don Alvaro cierra el postigo y se acerca a los que
llegan por el segundo arco.

ESCENA XI

DON ALVARO, DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y la REINA MADRE DOÑA MARIA, que entran por el segundo término de la izquierda. Don Alvaro se inclina profundamente.

ALBURQUERQUE

A la nobleza, don Alvaro,
en el patio congregad,
pues va, al despuntar el día,

la Padilla a profesar,
 El portillo que da al río
 con vuestros hombres guardad,
 porque, según aseguran
 los adalides, están
 ya las huestes de don Pedro
 dando vista a la ciudad.

ALVARO

¿Nada más, señor, mandáis?

ALBURQUERQUE

Al de la Cerda avisad,
 para que vaya a la reina
 doña Blanca a acompañar.

Don Alvaro se inclina y sale por el primer término de
 la izquierda.

ESCENA XII

LA REINA DOÑA MARIA y ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Arriesgamos la vida en la jugada;
 pero entretanto la Padilla aliente,
 de vuestro hijo la implacable espada
 sobre nosotros estará pendiente.

REINA

Mas ¿no bastan los muros de un convento
 para apartarla de él? ¿Se atrevería
 a robársela a Dios?

ALBURQUERQUE

Su atrevimiento
 ¿a qué crimen, por ella, no osaría?
 Don Pedro es impaciente, duro, osado.
 Su corazón piedades no atesora...
 ¿Con sangre de qué fiera habéis, señora,
 al cachorro real amamantado?

REINA

¡Es mi hijo!

ALBURQUERQUE

Callad, que vuestras quejas
 avivan mi rencor... ¡Sus hieles bebo!
 ¡Tocáis mi pecho, y las heridas viejas
 vuelven a abrirse... y a sangrar de nuevo!

REINA

¡Mas tened compasión de la Padilla!

ALBURQUERQUE

¿Qué importa un crimen si borró su huella?
 ¿Qué importa que ella muera, si con ella
 se salva la corona de Castilla?

REINA

¡Yo no quiero que muera!... ¡Yo no quiero!
 Es inocente... y se dirá mañana...

ALBURQUERQUE

¡También era inocente la Guzmaná,
 y cayó sin piedad bajo el acero!

Sordamente.

En vano; en vano vuestros labios gimen
suplicando perdón. ¡Nos liga un fuerte
lazo irrompible!... ¡Sí, crimen por crimen!
¡Primero el claustro, mas después la muerte!

REINA

Ante el crimen los nobles se alzarán
todos contra nosotros...

ALBURQUERQUE

¡Qué fortuna!
¡Entonces a mis pies, una por una,
sus altivas cabezas rodarán!

Repica el esquilón de la iglesia.

REINA

¡Mas... escuchad!... Repica la campana...

Atenta.

ALBURQUERQUE

¡Por la Padilla doblará mañana!

Sombrio.

REINA

¡Piedad, don Juan!

Deteniendo a Alburquerque.

ALBURQUERQUE

¡Por nuestro amor, señora!
¡Por este amor que surge más ardiente
que el rosal luminoso de la aurora
en las lejanas cimas del oriente!

Adelantándose.

Mirando a las almenas.

Ya el sol del nuevo día centellea...

REINA

Decidiéndose.

¡Triunfe otra vez el mal!... ¡Oh, don Juan! ¡Sea!
 Sucumba a nuestro amor doña María.

Vuelva el crimen a unirnos con sus lazos...

¡Qué me importa, don Juan, si en vuestros brazos
 a los mismos infiernos bajaría!

Alburquerque entra en la habitación de la Padilla. La campaña continúa repicando.

ESCENA XIII

Dichos y DOÑA MARÍA DE PADILLA que sale con ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

¡Venid, señora!

MARÍA

¡Compasión, Dios mío!

A Alburquerque.

Tened piedad de mí... No consentáis
 que se consuma el sacrilegio.

ALBURQUERQUE

¿Osáis

oponeros a Dios?

MARÍA

En él confío.

De su eterna bondad, que nunca yerra,
 aguarda el alma su postrer consuelo...

¡Puesto que no hay piedad sobre la tierra,
mi esperanza, Señor, dirijo al cielo!

Viendo la impasibilidad de Albuquerque, se dirige a la reina.
¡Señora, tu infinita piedad muestra!
¿Por qué consuelo a mi dolor no dáis?...
¡Por vuestro amor, si amasteis, y por vuestra
salvación, si creéis, no consentáis
que profane este templo con mi planta!
¡Os lo pido postrada de rodillas!...
¡Ved cómo baña el llanto mis mejillas,
ahogando los sollozos mi garganta!

A Albuquerque.

¡Compadeceos de mi triste suerte!...
¡Dad, a mi pecho atribulado, calma!...
¡Antes que a esta pasión, matad mi alma,
y antes que profesar, dadme la muerte!...
¿Qué mal os hice para atormentarme!

ALBURQUERQUE

Cogiéndola de un brazo.

No hay tiempo que perder. ¡Vamos, señora!

MARIA

Abrazándose a la cruz.

¡Señor, Señor, piedad!... ¡Venid ahora
a ver si os atrevéis a arrebatarme
de los brazos de Dios!...

ALBURQUERQUE

Arrancándola

¡Doña María,
tan decidido estoy, que aun cuando fuera

preciso, hasta el altar os llevaría
 arrastrando de vuestra cabellera!
 Ni aun ante el crimen ¡vive Dios! me arredro...
 Ningún consuelo en tu dolor esperes...

MARIA

Luchando.

¡Gritaré, gritaré!

ALBURQUERQUE

Arrastrándola a la iglesia.

¡Grita si quieres!

Mas ¿quién ha de ampararte?

La conduce al templo.

PEDRO

Abriendo violentamente las puertas y cruzándose de brazos.

¡Yo!

MARIA

¡Don Pedro!

Corriendo hacia él.

ESCENA XIV

Dichos y DON PEDRO

PEDRO

Interponiéndose. Los otros retroceden.

¡Sacrilegos, atrás! Si estos lugares
 intentáis profanar, roto el sudario,
 de su sepulcro se alzaré, terrible,
 la sombra de Jesús crucificado,

¡oh viles mercaderes de conciencias!
para echaros del templo... ¡a latigazos!

Albuquerque intenta avanzar. La Reina le contiene. Doña
María se abraza a don Pedro

¡Ya en mis brazos estás!... ¡Venid ahora!...
¡venid a arrebatarla de mis brazos!

ALBUQUERQUE

Avanzando.

¿Cómo entraisteis aquí?

PEDRO

Con voz de trueno.

Como vosotros
me la robasteis: a traición he entrado.
Mas ¿quién sois vos para exigir respuestas
a vuestro rey? ¡Ante mis pies, vasallo,
hasta que el polvo que mis plantas huellan,
cobardes, besen tus inmundos labios!

ALBUQUERQUE

Con desdeñosa altivez.

Sólo así me veréis, cuando mi tronco
esté de mi cabeza separado.

PEDRO

Entrégame tu espada.

ALBUQUERQUE

Con sarcasmo.

¿A vos, mi espada?
¡Es tan dura, señor, y pesa tanto,

que temo que, agobiada por su peso,
se desplome, al cogerla, vuestra mano!

PEDRO

Amenazante.

¡Miserable! Verás cómo con ella
te arranco el corazón hecho pedazos!

Tira de la espada. La Padilla lo detiene.

MARIA

¡Don Pedro, por piedad!

REINA

Interponiéndose.

Hijo, ¿qué es esto?

¿Te atreves a mi vista?

PEDRO

Atacando.

¡Atrás, villano!...

¡Defiéndete, Alburquerque, cara a cara,
o sin defensa, como a un vil, te mato!

La reina se interpone.

ALBURQUERQUE

¡Estás en mi poder, mancebo loco!...
¡En el cubil del lobo te has entrado,
y de él no has de salir sin que conozcas
el tremendo poder de sus zarpazos!...

PEDRO

Arremetiendo. Alburquerque permanece impassible.

¡Cobarde!

MARIA

Deteniéndole por un brazo.

¡Por piedad!

REINA

Idem por el otro.

¡Detente, hijo!...

¡No pasarás, don Pedro!...

PEDRO

Desprendiéndose violentamente.

¡Paso, paso!

¡Ya que no luchas como un caballero,
tu rostro cruzaré como a un villano!

Le cruza el rostro con el acero.

REINA

¡Cielos!

MARIA

¡Dios santo!

ALBURQUERQUE

Tirando de la espada.

¡Con tu propia vida
castigaré la audacia de tu mano!

PEDRO

¡Muere, muere, traidor!

Lo desarma. Las dos mujeres, como locas, se interponen-

MARIA

¡Favor!

REINA

¡Auxilio!

ALBURQUERQUE

¡Aun me queda el puñal!

REINA

Sujetando a Alburquerque.

¡Socorro!

MARIA

Sujetando a don Pedro.

¡Amparo!

Las puertas de la iglesia se abren y aparecen doña Blanca y caballeros. Se oyen las primeras armonías del órgano.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DOÑA BLANCA, damas y ricos hombres, que salen del templo. Se oyen gritos y cruzar de espadas. Por el patio penetran soldados batiéndose. Todo rapidísimo.

BLANCA

¡Ah! ¡Don Pedro!

Viendo al rey.

VOCES

Dentro.

¡Medina por don Pedro!

VOCES

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

Dentro.

CERDA

Entrando herido, dirigiéndose a Alburquerque.

¡Señor, huyamos!

VOCES

Dentro. Los soldados de don Pedro, capitaneados por Diego Padilla, invaden la escena, acorralando a los rebeldes.

¡Viva el rey!

PEDRO

Serenamente, a los rebeldes.

Entregaos. ¡Los aceros,
 espadas son en las altivas manos
 de los nobles y honrados caballeros,
 y puñales en las de los villanos!
 ¡Ricos homes de pro, nobles varones,
 hábiles en la fuga y en la intriga:
 ya veréis cómo impávida castiga
 la justicia del rey vuestras traiciones!
 ¡Os engañasteis, almas de ramera,
 si en vuestro ciego y temerario encono,
 habéis soñado que mi espada fuera
 vuestro escabel para asaltar el trono!
 De vuestros locos sueños, ¿qué se ha hecho?
 ¿De qué sirven, decid, vuestros furores?
 ¡Aquí tenéis de vuestro rey el pecho!
 ¡Clavad en él vuestro puñal, traidores!

REINA

Postrándose ante don Pedro.

Mi amor les arrastró. ¡Tu madre implora
por todos ellos!...

PEDRO

Alzándola.

¡Levantad, señora!
Indigna acción de mi justicia fuera.
Saldréis de mis dominios, desterrada
a Portugal, para que nunca alzada
contemple contra mí vuestra bandera.

A doña Blanca.

Y vos, que de mi lecho repudiada
estabais como reina y como esposa,
a Toledo partid... Será Hinestrosa
vuestra guardia de honor...

ALBURQUERQUE

Excomulgado

por el papa seréis...

PEDRO

¡Mi amor no inmolot...
¡Que si manda el pontífice en mi Estado,
en este corazón mando yo solo!
¡Entregadle al verdugo!

REINA

¡Solo un falso
anhelo le arrastró!

PEDRO

¡No le perdono!

ALBURQUERQUE

Al salir entre los soldados.

¡Yo ascenderé las gradas del cadalso,
con el orgullo del que sube a un trono!

PEDRO

Cogiendo de la mano a doña María. Resuena el órgano. El día
comienza.

El órgano resuena...

Señalando a la Iglesia.

Y vos, mi único amor, vos, que habéis sido
la sola voz que, generosa y buena,
en mi perpetua soledad he oído...
La única sombra tierna y cariñosa
que endulzó con sus mieles mis pesares,
de mi mano venid a ser mi esposa,
de rodillas al pie de los altares.
¡La luz del sol alumbra refulgente,
para que todos miren cómo brilla
la gloriosa corona de Castilla,
en la gloria inmortal de vuestra frente!

TELÓN

LA CENA DE LOS CARDENALES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CENA
DE LOS
CARDENALES

DE JULIO DANTAS

TRADUCCIÓN DE

FRANCISCO VILLAESPESA



EDITORIAL "MUNDO LATINO"
MADRID

PERSONAJES

CARDENAL GONZAGA DE CASTRO, Obispo de Albano
y Carmalengo.

CARDENAL RUFO, Arzobispo de Ostia y Deán del Sacro
Colegio.

CARDENAL DE MONTMORENCY, Obispo de Palestina.

— FÁMULOS —

La acción en Roma, en el Vaticano, durante el Pontificado
de Benedicto XIV.—Siglo xviii.



ACTO ÚNICO

Una gran sala en el Vaticano. Paredes cubiertas de tapices de Arras. Amplios techos de artesonados de talla dorada. Un retrato del Cardenal rojo, de Raphael, sobre la chimenea. A la derecha, en primer término, el clave, el violín y el violoncello de un terceto clásico. Altas cortinas frailunas. Luces. Al fondo, un largo taburete, donde descansan las capas, los sombreros y los bastones. A la izquierda, en primer término, un gran armario cargado de vajillas de oro y plata repujada. Casi en el centro, el «buffet» donde cenan los cardenales. Mantel de holandilla picada de encajes; servicio de Sévres, blanco y oro. Cristalería.

ESCENA ÚNICA

CARDENAL GONZAGA, CARDENAL RUFO y CARDENAL MONTMORENCY, sentados a la mesa, cenando. Los fámulos vestidos todos de verde y plata. les sirven de rodillas.

CARDENAL RUFO

Visiblemente enfadado,

¡Oiréis lo que les digo!...

CARDENAL GONZAGA

Al Cardenal Rufo, señalándole una fuente de Sévres.

¡Eminencia, el faisán!...

CARDENAL RUFO

...Como Arzobispo de Ostia y Cardenal Deán,
recibiré mañana la embajada francesa...

Ya le diré...

CARDENAL MONTMORENCY

Interrumpiéndole.

Es inútil. La humanidad progresa.
Y no es justo se cierre al pensamiento humano,
como puerta de oro, el viejo Vaticano.
¿Le diréis?... ¿Qué podría decir vuestra Eminencia?

CARDENAL RUFO

Vehemente.

Francia es la enciclopedia...

CARDENAL MONTMORENCY

Roma es la intransigencia...

CARDENAL GONZAGA

Conciliador.

No discutan más... ¡calma!

CARDENAL RUFO

A un fámulo que, curvada la rodilla, sirve los vinos.

¡Jerez añejo!

CARDENAL MONTMORENCY

A otro fámulo.

¡Rhin!

CARDENAL RUFO

¡Qué escándalo! Vió Roma por vez primera, al fin,
a Benedicto, a un Papa, recibir con placer
consejos de Inglaterra y cartas de Voltaire.

CARDENAL MONTMORENCY

Grandiosamente.

Las cartas de Voltaire honran...

CARDENAL RUFO

Con una sonrisa desdeñosa.

¡Es natural!

Habla como francés...

CARDENAL MONTMORENCY

Con dignidad.

Y como Cardenal.

CARDENAL GONZAGA

Interviniendo de nuevo.

Eminencias, son pláticas demasiado formales
para una cena alegre... En fin, tres Cardenales
no han de salvar a Roma.

CARDENAL RUFO

Tomando una gran actitud.

Pues bien, en mi conciencia,
uno sólo bastaba para ello...

CARDENAL MONTMORENCY

Con ironía.

¿Su Eminencia?

CARDENAL GONZAGA

Conclliador, dulcemente.

Dejemos eso a Dios, ¡En sus manos están
los destinos de Roma!

CARDENAL MONTMORENCY

Con una sonrisa.

¡Nosotros al faisán!

Trinchando con galantería.

Si permiten, yo sirvo. Es un faisán dorado,
detestable político, mas todo embalsamado
de trufas. No hizo Encíclicas, ni comentó la Suma,
ni ha usado Solideo sobre dorada pluma,
ni discutió a Calvino en pleno Consistorio;
mas vale más, sin duda, que el propio San Gregorio.

Al Cardenal Ruffo.

¿No lo cree su Eminencia?

Al Cardenal Gonzaga, sirviéndole.

¿Un muslo, el ala, el pecho?

¡Superior, sin disputa, sobre todo en Derecho
Canónico! Eminencia, ¿un alón? ¡Ah, tal vez
ablandarle consiga mojándole en Jerez!
El faisán es ya duro para viejos dolientes...

CARDENAL GONZAGA

Muy formal.

Eminencia, aun me quedan mis cuatro o cinco dientes.

CARDENAL RUFO

Probando el faisán.

¡Benedicto catorce no obra acaso mal
dándole al cocinero borlas de Cardenal!

CARDENAL MONTMORENCY

Al Cardenal Rufo.

Hace poco, Eminencia disgustóse conmigo...
Confiese.

CARDENAL RUFO

¿Yo?

CARDENAL MONTMORENCY

Enfadóse...

CARDENAL RUFO

Voltaire es enemigo.

CARDENAL MONTMORENCY

Y nosotros amigos... Son discordias fugaces,
Eminencia...

CARDENAL RUFO

Abrazándole con ternura.

Mas luego...

CARDENAL MONTMORENCY

Besándole.

Viene el *osculum pacis*.

CARDENAL RUFO

Un beso y otro beso, un año y otro, en vano...

¡Cómo nos envejece el viejo Vaticano!
 La intriga que se teje y muere cada día
 en el sutil misterio de esta tapicería...
 Política en las sombras... Los pasos siempre inciertos.

CARDENAL GONZAGA

Mirando al estante de música.

Lo único que nos salva...

CARDENAL MONTMORENCY

¡Oh, sí; nuestros conciertos!

CARDENAL RUFO

¡Oyendo nuestra música, los pesares se van!...

CARDENAL GONZAGA

Con éxtasis.

¡El alma a Dios elevan las fugas de *Lalande!*

CARDENAL RUFO

A Montmorency.

Y después... ¡Su violín que nos transporta al cielo!...
 ¡Su Eminencia es artista!

CARDENAL MONTMORENCY

A Rufo.

Pues ¡y su violoncello!

CARDENAL RUFO

Con una sonrisa de beatitud.

¡Solos los tres haríamos a Roma tan dichosa!...

CARDENAL MONTMORENCY

¡La juventud tan lejos!...

Tristemente.

CARDENAL GONZAGA

Con una lágrima.

¡Y tan cerca la fosa!
Cayó sobre nosotros la nieve, y nos helamos.

CARDENAL RUFO

¡Tan pronto envejecimos!

CARDENAL GONZAGA

A Rufo.

¡Tan viejos nos hallamos!
El sol de nuestras vidas empañó la tormenta...

CARDENAL RUFO

Como en un sueño.

¡Sol!

CARDENAL MONTMORENCY

A un fámulo.

¡Champagne!

CARDENAL GONZAGA

Mas su tibio recuerdo aún nos alienta...
El pensar que se ha amado, que se vivió ¡El amor!...
¡El tronco envejecido soñando que aun da flor!

Después de un instante como embebecido.

Un misterioso monte semeja nuestra vida...
Todo lleno de rosas frescas, a la subida,
y al bajar, todo espinas... ¡La juventud tan lejos!
¡Tan viejos nos hallamos!...

CARDENAL RUFO

Tristemente.

¡Tan viejos!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Ay, tan viejos!

CARDENAL RUFO

Tengo setenta y tres.

CARDENAL GONZAGA

Yo, ochenta y uno...

Montmorency sonríe, mirándoles.

CARDENAL RUFO

A Montmorency.

¿Y vos?

CARDENAL MONTMORENCY

¡Sesenta ya he cumplido!

CARDENAL RUFO

Mirando embebecido a Montmorency.

¡Sesenta!... ¡Vive Dios!

¡Sesenta sólo! Aun vive en plena primavera.

Yo, a su edad, como un roble, robusto y firme era...

CARDENAL GONZAGA

Pues ¿y yo?

CARDENAL RUFO

¡Con sus años un hombre nunca es viejo!...

¡El solideo, entonces, ponfame al espejo!

Y con amor veía bajo seda bermeja
brillar hilos de oro entre la plata vieja.

CARDENAL MONTMORENCY

Con sesenta cumplidos no soy precisamente,
¡perdonad, Eminencias!, un párvulo inocente...
También yo soy un viejo, mas con el aire blando
de quien vivió sin penas y envejeció cantando.

CARDENAL GONZAGA

¡Aun sois un niño! Cuando lleguéis a nuestra edad,
veréis que los recuerdos de aquella mocedad,
son el único encanto que ante los ojos surge.
Recordar, para un viejo, es postrarse de hinojos...

CARDENAL MONTMORENCY

¡También lo sé, Eminencias!... Vivir es recordar,
transformar en sonrisa lo que nos dió pesar;
evocar en el alma una edad ya pasada,
como en capilla de oro ha cien años cerrada,
donde ya no va nadie, mas donde hay un destello
de las fiestas antiguas... ¡Como el recuerdo es bello!
¿Cómo no he de saberlo?... Y es curioso Eminencias.
No nos hicimos nunca íntimas confidencias,
y somos como hermanos...

CARDENAL RUFO

¿Confidencias?

CARDENAL MONTMORENCY

¿Qué tiene

de extraño entre nosotros? ¡La muerte presto vienel
 Miremos al pasado... Recordemos la vida...
 La saudade de un viejo es vereda florida...

CARDENAL RUFO

Como en un sueño.

¡Confidencias de amores!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Por qué no se han de hacer?

En toda juventud hay risa de mujer...
 Hablando de esas risas, el pasado es presente.
 Recordar un amor, es amar nuevamente...
 Nadie nos oye ahora...

CARDENAL GONZAGA

¡Eminencia!

CARDENAL MONTMORENCY

¡El mayor

amor de nuestra vida!...

CARDENAL GONZAGA

Con sincero pudor tapándose la cara.

¡Oh!

CARDENAL RUFO

Como quien sueña.

¡Sí; el mayor amor!

CARDENAL GONZAGA

Como queriendo protestar.

Mas somos Cardenales...

CARDENAL RUFO

Entusiasmándose.

El sentimiento humano

en todas partes vive: ¡hasta en el Vaticano!
 Porque puede esta púrpura a nuestro amor matar;
 ¡¡mas nos deja el recuerdo!!... ¡Y amar es recordar!

CARDENAL MONTMORENCY

Al Cardenal Gonzaga.

Que comience el más viejo... Eminencia...

CARDENAL GONZAGA

¡No, no!

CARDENAL RUFO

A Montmorency.

El más joven...

CARDENAL MONTMORENCY

Excusándose pulidamente en un gesto.

¡Perdonen!

CARDENAL RUFO

Tomando una gran actitud.

¡Entonces, seré yo!...

Dudando un instante.

¿Qué quieren que les cuente?

Levantando la cabeza, los ojos brillantes, como el que encuen-
 tra algún recuerdo.

La más bella aventura
 que imaginarse puedan... Si tuviese aún ternura
 mi voz, ¡con qué vehemencia la pudiese contar!...
 Eminencias, perdonen si al fin me ven llorar...
 Si se escapa una lágrima... ¡Ay, son impertinencias
 de viejos!...

CARDENAL MONTMORENCY

Como convidándole a comenzar.

¡Eminencia!

CARDENAL RUFO

Después de un ligero saludo a ambos.

¡Ya comienzo! Eminencias:

A los veintidós años de edad próximamente
fui yo, por gentileza de un hidalgo pariente,
envuelto en mi amplia capa negra con vuelta blanca,
a leer leyes y cánones allá por Salamanca.
Era yó un mozalbete espadachín y osado,
manto al hombro, chambergo al viento, espada al lado,
poseedor del instinto; de la frase y del gesto;
Velázquez en el traje, Don Quijote en el resto,
¡muy capaz en mis ímpetus, como suprema hazaña,
de haber desafiado al propio Rey de España!
¡Ay, calcular no puede ahora, Vuestra Eminencia
cómo mi bozo rubio irradiaba insolencia!
No maté en duelo al sol, allá por las alturas,
sólo por no dejar a Salamanca a obscuras!...
Y respecto al amor, como esencia divina,
me quedé en el Don Juan de Tirso de Molina.
Para mi ardiente anhelo, el amor más sentido
moría, aun en flor, una vez poseído...
Odiaba a la mujer, después de conquistada;
la conquista era todo; el resto, casi nada...
No podía sufrir aventuras sin celos;
para mí los amores eran tan sólo duelos...
Batíame al acaso, en fin, por cualquier cosa;
una mujer, un beso, una piedra preciosa,

un lazo que se cae, una flor arrojada,
 la gracia de una risa, el don de una mirada...
 Al amor sin rivales no le daba importancia...
 Para mí todo era violencia y arrogancia:
 luchar, vencer, abrirme, en un furioso exceso,
 con la hoja de la espada el camino del beso.
 Tomarlo por asalto entre ansias y fatigas,
 como rojo estandarte, de manos enemigas...
 Así entonces vivíamos todos los estudiantes,
 olvidando a Platón y leyendo a Cervantes,
 cuando entró de jornada en Salamanca un día,
 sobre carros de bueyes, la mejor compañía
 de cómicos de España...

CARDENAL MONTMORENCY

Con una sonrisa.

La de Molière ¿no vió?

¡Admirable, admirable!

CARDENAL RUFO

Sin inmutarse.

¡Mas como ésta, no!

¡Ni tan rica tampoco! Produjo una locura
 en la Universidad. La primera figura
 del bando, era una joven de talle primoroso,
 una antigua belleza, un Rubens prodigioso.

CARDENAL GONZAGA

Tapándose la cara.

¡Oh!

CARDENAL RUFO

De un rubio flamenco la cabecita airosa,

toda en un garavín de seda color rosa,
como un beso de luz, rescendía inocencias.

CARDENAL MONTMORENCY

Extrañando la palabra.

¡Oh!

CARDENAL RUFO

¡Les pido perdón, si me excedo, Eminencias!
Era tan linda y frágil, que un angel parecía...
Si Dios la pretendiese... ¡a Dios desafiaria!
Ved un angel diciendo ¡naturaleza ciega!,
versos de Calderón y de Lope de Vega.
Se levantó la escena sobre un patio muy viejo,
todo armado, a la hidalga, con damasco bermejo,
y una alfombra real de capas de estudiantes.

En un desfallecimiento enjugando una lágrima.

¡Ay, lo que soy ahora! ¡Ay, cómo fui yo antes!
¡Cuánta luz, cuanto fuego la dura vejez roba!
Después, representaron... no sé... *La niña boba*...
Ese poema leve, esa farsa graciosa,
en donde ella era la flor más prodigiosa...
Iba ya a terminar la representación,
cuando escuché a mi lado, en un bando follón
de estudiantes, decir con voz ronca y sumida:
«El rapto será luego... ¡Después de la salida!
¡Cerca de los blasones!... Al disponerse a entrar
en su silla de manos, caeremos al par
sobre ella». Ya no quise saber ni escuchar nada...
Desenvainado había medio palmo de espada,
mas me contuve. «Luego es mejor dije yo...
Cuando acabó la pieza era noche. Cayó

la cortina. La silla, esperándole fuera,
 junto a la vieja puerta de los Blasones, era
 como un nido infantil de lucido brocado...
 Cerca el bando escolar aguardaba embozado.
 El anillo y la espada sólo valen lo que
 la mano que los lleva, me dije, y me oculté...
 Mas siempre es fuerte el brazo cuando la dama es
 [bella...

Desenvainé la espada... y en esto asomó ella...
 Me aproximé en un salto, y en rápidos instantes,
 yo solo contra una veintena de estudiantes,
 contra una Facultad, exponiendo la vida,
 con la espada en una mano y la capa tendida,
 tajé, ensangrenté, herí, con tal violencia...
 Esgrimiendo el bastón sobre la mesa.
 ¡Así, así!

CARDENAL MONTMORENCY

Defendiendo la porcelana y el servicio riquísimo.

¡Por Dios! ¡Es Sévres, Eminencia!

CARDENAL RUFO

Sentándose con un gran gesto fanfarrón.

Y no los maté a todos entonces, en verdad,
 por no cerrar las puertas de la Universidad.

CARDENAL GONZAGA

Profundamente admirado.

¡Solo, solo con veinte! ¡Una lucha sangrienta!

CARDENAL RUFO

¡Veinte?... Treinta, o tal vez, contando bien, cuarenta.

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la silla de manos?

CARDENAL RUFO

¡Ay, desapareció!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la cómica?

CARDENAL RUFO

Fuese.

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la seguisteis?

CARDENAL RUFO

¡No!

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la visteis de nuevo?

CARDENAL RUFO

Tristemente.

Nunca a verla volví...

Por eso la amé tanto... Jamás la poseí...

CARDENAL MONTMORENCY

Yo en su caso, Eminencia...

CARDENAL RUFO

Diga...

CARDENAL MONTMORENCY

Si lo consiente...

A ella me acercaría rápida y gentilmente;
y al contemplarla, entonces, fiel me arrodillarla,
y el sombrero, al estilo viejo, me quitaría;
y postrándome junto a la puerta dorada,

el cuerpo arrodillado y el alma arrodillada,
diríale con los ojos llenos de sueños locos:
«¡Perdonadme, señora, si luché con tan pocos!»

CARDENAL RUFO

¡Hermosa frase! Lástima que no se me ocurriera
entonces. Ahora es tarde. ¡Si aun hallarla pudiera!...

CARDENAL MONTMORENCY

La frase tiene espíritu. Amor, pensando bien,
no es tan sólo bravura, espíritu es también.
Esa fuerza sutil, de toda fuerza base,
que es el alma del gesto, nobleza de la frase,
algo muy tenue y fino, fluctuoso y ardiente,
que arrodillar nos hace irreflexivamente;
que vence y nos perturba, y al brotar de la boca,
viste de seda y oro la confesión más loca.
¿Qué fuera sin espíritu el amor, Eminencia?
¡Una pasión brutal o una impertinencia,
sin pureza, sin todo aquello que resume
en un beso la vida y el alma en un perfume!
Con sus puños de encajes, hasta es bella la ofensa,
pues si es fina la espada, la frase es más intensa.
Una sutil escuela de esgrima delicada:
nos busca el corazón la frase, cual la espada,
y al herir se deshace en mil piedras preciosas,
cual los rayos del sol cuando hieren las rosas...
¡Si al hombre vence el hierro y si es bello vencer,
hace más el espíritu, pues vence a la mujer!
En mi tiempo, en los tiempos en que yo amé y viví,
era lo que aun hoy son los de Montmorency:

un gran espiritual león de la nobleza,
 cabellera anillada, gola a la genovesa,
 paseando orgulloso, todo sedas triunfales,
 de los duques de Maine, los salones feudales.
 ¡Ay, qué lejos están estos tiempos de amor!
 ¡Qué lejos!... Cierta día, el viejo Philidor
 tocaba sobre el clave un lindo minuete...
 un mimo, ¡lo que hay más siglo diez y siete!

Queriendo recordar y cantando.

La ri, la rá, larí..

Suspirando el canto tristemente.

No me acuerdo bastante...

¡Todo pasa!

Intentando de nuevo recordar.

La ri... Alguien en este instante,
 una linda mujer, que yo había encontrado
 a veces en Versalles, en su coche dorado,
 la Embajadora de Austria, un prodigio, un asombro,
 posó en un lindo gesto su mano por mi hombro,
 y dijo con acento desdeñoso: «Marqués,
 os odio.» Sonrei... Y por segunda vez:
 «Os detesto.» Aún rei dulcemente... Eminencias,
 una mujer bonita que nos dice insolencias,
 es la cosa más bella, galante y deliciosa
 que puede imaginarse. Es como si una rosa
 lanzase imprecaciones, trémula y sonrojada,
 contra el ala de sol de una aveja dorada...
 Mas, por tercera vez: «¡Marqués, os tengo horror!»
 Ya no rei... En el clave, el viejo Philidor
 tocaba el minuete...

Queriendo aún acordarse. Con una gran expresión dolorosa.

¡Tanto tiempo ha pasado,
que aquellas dulces notas mi memoria ha olvidado!...
Los años... No recuerdo...

Viendo de repente el viejo clavicordio y levantándose.

Recordarlo tal vez

consiga en el teclado de este clave holandés.

Hiriendo las teclas con la mano izquierda, de pie. Mientras toca,
continúa hablando con los Cardenales.

La-rí, la-rá... ¡Entonces, decidme, Eminencias!
Me compuse el cabello, hice dos reverencias
a la antigua, un pie atrás y la mano en la espada,
y curvándome ante mi enemiga dorada,
le murmuré: «¡La mano! ¡Démela, mi señora!
No me detestará dentro de media hora.»
Danzamos el minuete... Ella era singular,
me daba la ilusión de un encaje al danzar,
un encaje ligero, Sajonia transparente,
donde iban a posarse, perturbadoramente,
como enjambre de oro, espiritual y leve,
la sutil ironía y el epigrama breve,
frase a lo Mirabeaux, ardiente y complicada,
lo eterno casi todo—apenas casi nada—,
espíritu—mesura, la sonrisa—elocuencia...

Al Cardenal Rufo que está más cerca.

No sé precisamente lo que dije, ¡Eminencia!
Mas tuvo que ser algo sutil como una brasa,
fugaz galantería o perfume que pasa,
poema todo en rosas, apasionado y blando,
que nos da la ilusión de decirse soñando;
la elocuencia de amores que la mujer prefiere,
que vence si se humilla y besa cuando hierde...

La-rí, la... Terminó la música por fin...
 Media hora después, solos en el jardín,
 la Embajadora de Austria, apasionada y loca,
 uniendo con la mía su pequeñina boca,
 me dijo sonriendo: «¡Os adoro, Marqués!»
 ¡El espíritu había triunfado aún otra vez!
 Y mientras Philidor, junto al clave...

Toca procurando recordar y se desespera de no poder conseguirlo.

No sé...

Después de una explosión de súbita alegría, sentándose al clavicordio a tocar.

La-rí-rá... ¡El minuetel... Por fin lo recordé.
 La-ri-lá, la-ri-lá, la-rá...

CARDENAL RUFO

Levantándose y aproximándose al Cardenal Montmorency.

Vuestra Eminencia
 perdone si le digo alguna impertinencia.

CARDENAL MONTMORENCY

Levantándose del clave.

¡Linda música!... ¿Dice?

CARDENAL RUFO

Senriendo.

Es que para vencer
 en tan florido juego a una simple mujer,
 es mucho media hora... ¡Es un parecer mío!...

CARDENAL MONTMORENCY

¿Lo cree así?

CARDENAL RUFO

El espíritu es siempre más tardío...
¡A cuarenta bergantes fuertes y resolutos
vencí yo con mi espada en dos o tres minutos!

CARDENAL MONTMORENCY

Con ironía.

Si siguiese a la cómica... Su Eminencia vería...
Cómo pasaba media hora y no la vencía.
Al Cardenal Gonzaga, que piensa en una actitud casi de éxtasis.
Su Eminencia ¿que dice?

CARDENAL RUFO

Acercándose al Cardenal Gonzaga y tocándole las espaldas:

¿Qué piensa, Cardenal?

CARDENAL GONZAGA

Como quien se despierta: los ojos llenos de luz y la expresión
transfigurada.

¡Qué diferentemente se ama en Portugal!
Ni la frase sutil, ni el combate sangriento...
Amor es corazón, amor es sentimiento...
Una lágrima, un beso, un dulce repicar...
Dos novios de rodillas, que se van a casar...
¡Tan simple todo! ¡Amor que de rosas se enflora,
y siendo triste, canta, y siendo alegre llora!
El amor, sencillez que consuela y que besa...

¡Oh, cómo sabe amar la gente portuguesa!...
 Tejer del sol un beso, y desde tierna edad,
 el amor en el beso, unir a la amistad,
 en un anhelo casto y en una estima sana,
 sin saber distinguir la novia de la hermana...
 Hacer vibrar de amores mil cuerdas misteriosas,
 como si en comunión se entendieran las rosas,
 cual si todo amor fuese uno solamente...
 ¡Ay, cómo es diferente! ¡Ay, cómo es diferente!...

CARDENAL RUFO

¿También Vuestra Eminencia amó?

CARDENAL GONZAGA

También he amado...

¿Se puede allá vivir sin haber adorado?
 Si sentir en el alma,—¡oh, poderla aún sentir!—
 una saudade en flor que llora al sonreír.
 ¡Sí, amé! Yo tenía apenas quince abriles,
 y ella trece... Un amor de seres infantiles,
 como nube de oro al abrir la mañana...
 Ella era mi primita... Era casi mi hermana...
 Bonita no sería... Mas ¡qué dulce expresión!
 La gente se decía en plena población:
 «El señor Mayorazgo no hallará igual esposa,
 ni en la vieja capilla la santa más hermosa.»
 Y cuando, en nuestros juegos, junto a mí la veía,
 rezaba por lo bajo: ¡Es mía, es mía, es mía!
 ¡Oh, cuántas veces, cuántas, cansados de jugar,
 nos quedábamos fijos, mirándonos al par,
 todos llenos de sol, la frente ruborosa...

Con una gran expresión de dolor.

Era fea, tal vez, ¡mas Dios la encontró hermosa!
Y una noche mi alma, mi única luz... ¡Murió!

En una rebeldía angustiosa.

Dios que me la ha quitado, ¿para qué me la dió?
¿Para qué, para qué?

CARDENAL MONTMORENCY

Levantándose para sostenerlo.

¡Valor!

CARDENAL RUFO

Curvándose también para sujetarlo, todo conmovido.

¡Resignación!

CARDENAL GONZAGA

¡Ay, también Dios, con ella me arrancó el corazón!

Cayendo sobre la mesa sollozante.

¡Que mi vida era ella el Señor lo sabía!
Pensó que de un amor otro amor surgiría,
y matóme... ¡matóme!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Eminencia!

CARDENAL GONZAGA

¡Al final,
fué ese ángel al morir quien me hizo Cardenal!

Exaltándose y cayendo postrado luego.
¡Y hoy sirvo a Dios, al mismo Dios que me la robó!

CARDENAL RUFO

A Montmorency, limpiándose una lágrima, mientras suenan las
once en el Vaticano.

¡De los tres, él fué el único que de veras amó!...

CAE EL TELÓN LENTAMENTE

ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE JOSÉ YAGÜES SANZ
EL DÍA VIII DE MARZO
DE MCMXVII

Obras completas de

FRANCISCO VILLAESPESA

TOMOS PUBLICADOS

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
- II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
- III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
- IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSDIAS.
- V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
- VI.—LAS JOYAS DE MARGARITA: BREVIARIO DE AMOR.—LA TELA DE PENÉLOPE.—EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA.
- VII.—DOÑA MARÍA DE PADILLA.—LA CENA DE LOS CARDENALES.

EN PRENSA

- VIII.—EL MILAGRO DE LAS ROSAS.—RESURRECCIÓN.
- IX.—JUDITH.—UNA PARTIDA DE AJEDREZ.
- X.—LAS GRANADAS DE RUBÉS.—LAS GARRAS DE LA PANTERA.
- XI.—CANCIONES DEL CAMINO.—QUIRNALDAS DE ROSAS.
- XII.—D. PEDRO EL CRUEL.
- XIII.—EL REY GALAOR.—LA DANZA DE LA MUERTE.

EN PREPARACIÓN:

Obras completas de

RUBÉN DARÍO

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, FERRAZ, 21